

CAPÍTULOS GRATUITOS

Un beso bajo la lluvia

Vhaldai

CINE

Subí al bus escolar como si fuese un lunes por la mañana y no un viernes. En general, los viernes eran mis días favoritos; mi estado de ánimo era el que más desesperaba a todos cuando planeaba qué haría el fin de semana. No obstante, no tenía nada planeado. Últimamente, con los Frederick en casa, no podía tomarme tantas libertades, como ver la televisión semidesnuda en el sofá, asaltar la nevera, poner música a todo volumen, bailar en medio de la sala... También salía con Wladimir, pero esa costumbre ya estaba desechada y después de que me dejara, el gallinero se ocupó de mantenerme al margen de pensamientos sobre el papanatas calvo.

—¿Por qué no hacemos algo este fin de semana? —les sugerí a las cuatro gallinas.

—Lo siento, tengo planes con la Asociación de Creyentes en Extraterrestres. —Eli soltó una sonrisa culposa.

¿Realmente existía una asociación así?

—Nosotras tenemos que ir a visitar a la abuela de la tía de una prima —habló Nora, quien trenzaba el cabello de su gemela—. Ya sabes, esos viajes innecesarios que son necesarios para «unir la familia» —agregó con tono burlón. Fabi se echó a reír y provocó que Nora soltase la extensa trenza que casi acababa.

Chasquéé la lengua y solté un bufido desanimado. A mi lado, una callada Sherlyn tecleaba sin cesar la pantalla de su inseparable mejor amigo, su celular. Masticaba chicle y después de que un enorme globo rosa estallara, suspiró y volteó a verme.

—Salgamos el sábado.

Aplaudí con entusiasmo y la abracé a pesar de que gestos así siempre solía rechazarlos.

Quedamos en juntarnos en el parque de siempre a las 4:30. Fui la primera en llegar y decidí sentarme en una de las bancas cercanas cuando un mensaje de Sherlyn me informó que se retrasaría porque su almuerzo se había

quemado. No me quedó más que esperarla. Volver a casa sería un gasto de energías y no estaba dispuesta a caminar otra vez.

¡Viva el sedentarismo!

Como todo fin de semana, el parque lucía lleno de vida y el rastro del frío invierno ya era inexistente. No podía ocultar la sonrisa mientras contemplaba a los niños que jugaban, corrían y tropezaban con una torpeza propia de su edad. Las parejas y los grupos de adolescentes no faltaron, parecía una rutina tener que verlos revolcándose en el pasto y riéndose. Ancianos alimentaban a los pájaros, leían el periódico, observaban a las personas pasar y charlaban entre ellos. Algunas personas pasaban pegados a sus celulares y otras que leían libros sentados en las bancas. Los grupos de personas también encontraban que el parque era ideal para practicar sus pasos de baile o hacer ejercicio.

Sherlyn llegó a mi lado y me saludó sin demostrar muchas emociones. Yo, por el contrario, di un salto para levantarme y la tomé del gancho.

—¿Vemos una película en el cine?

Sherlyn solía ser alguien reservada, callada y que hablaba a través de su celular. En todo momento daba la impresión de que le saldrían antenas y se transformaría en un robot. Nunca fue alguien que demostrara sus sentimientos de manera abierta, prefería hacerlo con personas de extrema confianza. Ella y Lena también eran amigas, así que cuando mi mejor amiga falleció, fue la única que pudo comprender, en cierta parte, mi dolor. Decidimos no separarnos incluso con nuestras diferentes personalidades y, de alguna forma muy peculiar, ambas logramos congeniar. Pero ser callada y amante de Internet no impedía que los chicos lograsen poner sus ojos en ella. Una gran parte de nuestros compañeros decía que era la más bonita del curso. Al saber esto, Sherlyn lo pasó como algo que le daba igual; su interés por el sexo opuesto se limitaba a sus cantantes e ídolos de Internet, triunfadores de YouTube, nada más. Muchas veces me pregunté si ella en realidad era demasiado humilde para admitir que un *fanclub* de chicos la seguía. Fuese como fuese, su romanticismo lo demostraba con un enorme «no» incluso si le pedían ver una película de amor.

—Por favor, Lyn de mi corazón, di que sí. —Junté las palmas de mis manos e incliné mis cejas hacia arriba, observándola con súplica. En definitiva, *Tormenta de amor* era un título demasiado empalagoso como para que mi amiga gastase dinero en ella.

—¿Tienes cinco películas con efectos especiales estupendos y tú quieres ver una película romántica en el cine? No pretendo gastar mi dinero en eso.

—Volvió sus ojos a la pantalla del celular—. Mejor veamos *Terror siniestro*.

—Me niego rotundamente a ver una película de terror —sentenció solemne y con el pecho muy inflado.

Ya no era un hurón, sino una paloma.

—Entonces veamos una de acción —sugirió. Alzó sus pardos ojos y le dio un recorrido a los carteles con las portadas de las películas para detenerse en

uno donde una mujer con un traje de aspecto espacial salía posando en medio de unos androides de mal aspecto—. Veamos esa: *Anonimatrix, la mujer que viajó en el tiempo*.

Fruncí el ceño e intenté ver de qué rayos trataba, pero mis lentes estaban reposando en casa y mis ojos apenas podían leer la «A» mayúscula.

—¿De qué trata?

—De una mujer que viajó en el tiempo, Floyd —contestó con obviedad. Le di un golpe en el hombro, al que respondió con un gemido—. *Auch*, qué agresiva —chistó—. Déjame buscarla en la página del cine.

Me mecí de un lado al otro esperando que Sherlyn buscara en su celular la trama de la película. Entonces, una tercera mano me hizo creer que Sherlyn había adoptado una nueva habilidad y por eso solía teclear tan rápido en el celular —cosa que me resultaba de lo peor—, pero cuando este desapareció de sus manos y Sherlyn palideció mientras alzaba su cabeza, supe que mi amiga no formaba parte de los *X-Men*, sino que un tarado le había robado.

Tuve un pequeño *déjà vu* y agarré a mi amiga para emprender una persecución al ladrón del celular por toda la calle. Todo se complicó, pues ya no estábamos en mi barrio, sino en pleno centro y las personas transitaban sin darle importancia a lo que ocurría a su alrededor.

—¡Detente, idiota! —grité con una cansada Sherlyn siguiendo mis pasos.

Era demasiado tarde, el ladrón se había hecho humo, perdiéndose entre una multitud aglomerada frente a una tienda de televisores que transmitían un partido. Mi amiga no podía lucir más desmoronada. Fue como haber perdido una pierna.

Ya, lo admito, estoy exagerando.

—No importa, le diré a mamá que me compre otro... o puedo hacerlo con mis ahorros. — Resopló con desánimo.

—¿Se le perdió algo a la señorita?

Una resplandeciente sonrisa se dibujó en Sherlyn en cuanto vio una mano con su celular. Lo tomó con sus ojos brillando. Observé al rescatista del celular, un orgulloso Joseff esta vez sin su disfraz.

—Gracias, eres mi héroe.

Ambos se quedaron mirando por un momento, que seguro que les pareció eterno. Entonces, por un instante me sentí una experta violinista.

INFILTRACIÓN

Después de ver la película sentía mi trasero aplastado y las piernas adormecidas. Siempre tuve la mala costumbre de flexionar mis piernas y encorvarme cual anciana de noventa años. Sherlyn tuvo que dejar de lado su amado celular para ayudarme a caminar hasta la puerta de la sala y salir. Fue

un desastre, sobre todo porque la lentitud de mis pasos causó una aglomeración de personas tras nosotras y claro está que a ninguno le cayó en gracia que dos adolescentes anduvieran a paso de tortuga. Ya a cinco tortuosos pasos de la puerta el hormigueo en mis piernas disminuyó hasta quedar en nada, así que volvieron a la normalidad.

Afuera nos colocamos nuestros abrigos, preparadas para marcharnos a nuestros hogares. Miré la hora en mi celular y comprobé que ya eran casi las ocho de la noche.

—¿Por qué ves la hora en tu celular si puedes preguntarme a mí? —espetó Sherlyn.

—Supongo que es la costumbre.

Me aferré al brazo de Sherlyn luego de responderle. Ella hizo una mueca ante mi gesto, pero no me apartó. Muy en el fondo sabía que ella era tolerante a mis demostraciones de amistad, aunque siempre fue esquivia con los demás. Quizás debía sentirme privilegiada de poder hacerlo sin morir en el intento.

En medio de la fría noche, ambas íbamos hacia el paradero; nuestros caminos se dividían en el parque, así que el bus que debíamos tomar era el mismo. Agradecí que fuese así, porque tener amistades que vivan al otro extremo de la ciudad podía resultar un caos, tanto para las salidas como para hacer trabajos. Además, papá a veces tenía unos arranques de protección y no dejaba que anduviese sola por la calle, incluso si era con amigas. Esa aprensiva idea creció después de que un sujeto ebrio nos asaltase a tía Sarah y a mí al volver del trabajo.

—Tengo que admitir que la película estuvo interesante —le comenté a Sherlyn mientras veía mis pasos—, aunque el final me decepcionó un poco.

—¿Qué te decepcionó? —curioseó mi amiga sin quitar la vista del celular. Tuve que mirar el camino con más precaución, pues si ninguna de las dos veía por dónde avanza, nuestras narices no tardarían en dar de lleno contra el suelo.

—No sé... —bufé— Creí que la protagonista lograría salvar al chico. Ya sabes, esperaba un final feliz.

—Fue un final realista, Floyd —espetó Sherlyn, ladeando su cabeza para verme—. Pero también esperaba lo mismo. Es decir, que te den un final amargo donde la pareja de enamorados no termina junta y para rematar que la protagonista hiciese todos esos desastres en vano, parece muy... trágico. Los Romeo y Julieta del futuro.

Dio justo en el clavo.

Una sonrisa maliciosa se apoderó de mi rostro y recordé ese peculiar momento donde Sherlyn y Joseff se quedaron viendo como si en la galaxia entera no existiese vida además de ellos. Ah, claro... y en la que yo fui dotada de habilidades para tocar el violín como nadie. Diría que fue una situación un tanto incómoda, y lo habría sido más de no ser porque un hombre alto, con el cabello grisáceo y una playera de Deadshot llamó a mi compañero de asiento. Al lado del hombre, una niña de cabello azabache y que cargaba un peluche de

oso le hacía señas con una sonrisa resplandeciente. Joseff volteó a verlos y asintió para decirnos luego que el «Escuadrón Suicida» lo esperaba.

—Oye, Lyn —intenté sonar indiferente para que no leyese mis intenciones—, ¿qué opinas de Joseff?

—¿Quién es ese? —preguntó volviendo a su celular.

—Joseff Martin, nuestro compañero de curso. ¿El Chico Batman?

Sherlyn frunció el ceño sin entender.

—No me suena.

—Uy... ¡Te gusta! —Mis dedos inquietos abarcaron su cintura, mientras sonreía como una boba haciéndole cosquillas que ni siquiera surtieron efecto. Sherlyn me miró seria unos instantes y continuó caminando con su celular de acompañante. Achiqué mis ojos viéndola alejarse y luego le seguí el paso hasta posicionarme a su lado y engancharme de su brazo otra vez—. ¿No lo admitirás, Lyn? Si quieres, puedo guardar el secreto.

—Se te llenó de queso el cerebro, Hurón —espetó, negando con la cabeza como si hubiese dicho algo sumamente malo.

Un *pff* como el de un caballo se escapó de mis labios. No había forma de que lo admitiese, Sherlyn era un hueso duro de roer.

Volví a casa saltando en un pie. Bueno... no tan literal. Lo que intento decir es que después de mi alocada tarde, donde fui testigo de un supuesto enamoramiento juvenil, casi me da epilepsia viendo una película, tenía mis pompas aplastadas y los pies dormidos, regresé con la inspiración a flor de piel. Podía sentir fluyendo por mis poros la dopamina, y no lo decía porque hubiera comido una barra de chocolate, sino porque la percepción de un nuevo romance ante mí era todo lo que necesitaba para darme ánimos y continuar mi historia.

Escribía a escondidas de mi familia, porque me avergonzaba saber que, siendo hija de un escritor, mi historia no era una de las mejores dentro de Wattpad. En realidad, mi forma de narración y gramática tenían muchos fallos. Me avergonzaba tener una opinión crítica del gran Mika McFly, por lo que prefería tenerlas de mis pocos lectores. Y tal vez, si alguna vez me lograba tomar en cuenta, de Synapses.

Mi historia era simple. Iba sobre Blue Odyr, mi creación, adolescente de personalidad despampanante, optimista, alocada, impulsiva, con mucha imaginación y sin temor a lo que los demás opinasen de ella. Una chica aparentemente no muy diferente a mí, quien conciliaba una amistad con un chico imaginario que, de la noche a la mañana, se volvía real.

Creo que ese era el sueño frustrado de muchos. ¿A quién no le gustaría que los inventos de nuestra imaginación fuesen reales? Independiente de lo *freak* que parece, la idea me pareció interesante. La creé cuando fantaseaba leyendo *En las fauces del lobo* y deseaba fervientemente que el protagonista fuese de

carne y hueso. Así que, con la inspiración en mis venas y las ideas fluyendo en mi cabeza, decidí subir las escaleras, encerrarme en mi habitación, tomar mi *laptop* y poner manos a la obra.

Ese sábado por la noche parecía ideal para escribir... o eso parecía.

—¡Ya llegué! —grité una vez cerré la puerta de la casa. Cutro fue el primero en recibirme paseándose entre mis piernas.

Papá adoptó a Cutro un día que lo encontró en la calle, muy pequeño, maullando bajo una desgarradora lluvia. Muy dramático todo, lo sé. A mamá le encantó el minino, sobre todo cuando este saltaba como loco siguiendo una pequeña pelota de plástico. En resumen, el apestoso gato se quedó con nosotros con el consentimiento de mis padres.

¡Qué irónico! En su mayoría, son los hijos los que quieren mascotas y les piden a sus padres quedárselas. Aquí fue al revés, no deseaba ningún tipo de mascota entonces, suficiente tenía con que me llamasen como una.

Hurón. ¡Cómo odiaba ese apodo!

Una vez que Cutro comprendió mi rechazo, se marchó corriendo por las escaleras hacia el segundo piso. Negué con la cabeza al escuchar sus maullidos como si pidiese que alguien fuera a verlo dar saltos por toda la planta.

—¿Mamá? —volví a llamar ante la silenciosa respuesta de la casa. Nada.

No sabía que iban a salir, ni siquiera lo habían mencionado.

Me encogí de hombros asumiendo que tendría la casa bajo mis dominios, que podría hacer lo que deseara. Oh, sí... hacía mucho tiempo no estaba en sola en casa. Ya lograba ver a una alocada Floyd escribiendo, haciendo desastres por las paredes, poniendo música a todo volumen, desafinar cantando, comiendo como ermitaño frente al televisor y maquillándome como nunca lo había hecho.

La libertad que me daba la soledad era irresistible... entonces subí las escaleras y escuché el particular sonido de las gotas a toda velocidad que chocaban con la bañera. Mis grandes proezas de desastres se vieron fracturadas por la presencia de alguien más en la casa.

Golpeé la puerta del baño; una voz emanó del interior:

—Está ocupado.

Era Felix. Escucharlo fue como ver a un fantasma. Di un paso hacia atrás mirando la puerta blanca frente a mis ojos. Era la primera vez que ambos nos quedábamos solos en casa.

—*Uhm...* ¿y los demás? —pregunté alzando un tanto la voz para que lograra escucharme.

—Salieron.

—No me digas —musité con sarcasmo.

Resoplé a sabiendas de que preguntarle más cosas a Felix sería un desperdicio de saliva, ni el policía más experimentado podría sacarle información de golpe en un interrogatorio. Apoyé mi cabeza en la puerta disipando todas mis energías por hacer locuras.

Gimoteaba en la soledad del pasillo, entonces una brillante idea se alzó en mi cabeza. Era algo siniestra y arriesgada, pero valía la pena para resolver algún que otro interrogante. Volteé hacia la habitación de Felix con una sonrisa traviesa dibujada en toda mi cara. Ese momento era el más oportuno para averiguar sobre la lista.

El lado bueno de mi conciencia me decía que no lo hiciera, me enseñó las posibles consecuencias que mi acto podría traer. Pero el otro lado de mi conciencia, ese que siempre se veía tan tentador, me incitaba a cometer un atraco a la habitación del Poste con Patas.

Y como curiosidad era mi segundo nombre, ni siquiera lo medité demasiado. Solo necesitaba ser precavida y tener una buena coartada en caso de que me descubriese.

—Cutro... Ven aquí, felino del demonio...

Las pisadas del gato no tardaron en oírse. Cuanto más odiara a esa cosa peluda, más cariño me tenía. Llegó para pasearse entre mis piernas otra vez, pero lo agarré antes de que pudiera tocar mis piernas con su esponjosa cola. Ya en mis brazos, respiré hondo, expulsé el aire, miré hacia la puerta del baño para comprobar que el Poste aún estuviese bañándose, observé la puerta de la habitación y, sin más preámbulo, me adentré.

Lo primero que noté dentro fue la pila de libros gigantescos al costado del escritorio. Una agenda en el centro, junto con una pluma negra. Todo el cuarto se encontraba perfectamente ordenado, nada estaba fuera de su lugar. La cama en un rincón estaba hecha, el velador a su lado relucía de limpio. Creí que tendría la ventana cubierta por alguna manta negra que le diese al cuarto un ambiente oscuro y terrorífico. Me equivoqué, la habitación estaba bien iluminada y hasta tenía un singular aroma a bambú.

«Despierta y busca la lista», me dije.

Asentí dándole la razón a mi conciencia y emprendí la búsqueda de la arrugada hoja con Cutro en uno de mis brazos. Busqué entre los libros, las hojas de la agenda, dentro del velador, en el armario, bajo la almohada, la cama. Para mi mala fortuna, no encontré nada. ¿Acaso la lista la tenía él? ¿La llevaba siempre consigo? Negué ante esa idea; Felix no parecía ser el tipo de persona tan arraigada a un simple trozo de papel (que según él era insignificante) que hasta se lo llevaba al baño.

Lancé un bufido y me senté en la silla del escritorio con Cutro en mi regazo. Volví a repasar desde mi puesto la habitación y me detuve en la cama. Mamá siempre guardaba sus papeles importantes debajo del colchón, era un buen escondite.

Dejé al peludo gato sobre la silla para levantar el pesado colchón con ambas manos. Allí, en un rincón, encontré una foto de Felix que sonreía con una inocencia poco usual, a su lado se encontraba una chica que le depositaba un beso en la mejilla, más atrás logré divisar a un chico que le sacaba la lengua a la cámara. Junto a la fotografía, la hoja con la lista:

SALIR EN UNA NOTICIA.

Conocer a su ídolo/famoso.

VIAJAR POR EL MUNDO, al menos a tres países.

Enamorarse.

COLARSE EN UNA BODA.

Decir: «yo me opongo» en la boda.

Dar un discurso.

Visitar un hogar de ancianos.

Meterse a la playa (SIN ROPA).

Pasar una noche en el cementerio.

Gritar desde un puente en la autopista.

Plantar un árbol.

Salir de la sala cuando el profesor diga:

«al que no le guste que se vaya».

Declarar mis sentimientos.

Visitar un hospital llevando disfraz.

Escribir un libro.

<< >>
CANTAR HELLO DE LIONEL RICHIE EN UN PUB, CLUB,

BAR O KARAOKE.

Ver una estrella fugaz.

Contar una historia alrededor de una hoguera.

IR A UN CENTRO DE SPA.

Actuar en una obra con un papel que no sea el

de un árbol, planta o algo insignificante.

Unirse a un club.

Ver cómo se fabrican los chocolates y comer

diferentes tipos de chocolate.

Había partes tachadas, otras a medio escribir. También observé que su caligrafía iba mejorando cuanto más leía; se notaba que al comienzo lo había escrito un niño, pero luego los trazos eran más seguros y circulares. Puse total cuidado al buscar lo de las pizzas y el beso, pero entre todos los deseos tachados no estuve segura cuál sería o si en realidad estaba en la lista.

—¿Te diviertes?

Mecánicamente, con mis huesos como las partes de un robot, giré hacia la entrada. Felix estaba de pie, con su cabello mojado, cruzado de brazos y apoyado en el umbral de la puerta. Gotas caían por su frente, recorrían su mejilla hasta la barbilla y terminaban cayendo hasta dar con su torso desnudo. Solo traía un oscuro pantalón puesto.

Al percatarme de ello me volví hacia la cama, dejé la lista encima, tomé a Cutro y retrocedí hacia la puerta en silencio. Era un alma en pena de color rojo vivo. O quizás sería mejor decir un tractor, porque mi cuerpo era pesado, estaba roja como un tomate y con cada paso que daba podía escuchar en mi

cabeza el «pi» que hacen los autos al retroceder. De reojo vi al Poste hacerse a un lado. Una vez en el pasillo, no dudé ni un segundo en encerrarme en mi habitación.

Fueron los cuarenta y cinco segundos más martirizantes de mi vida.

explosiva

Mi habitación solamente estaba iluminada por una lamparilla sobre mi escritorio. La ventana estaba cerrada, pero el frío del exterior se colaba; por ello no dudé en colocarme mi pijama polar más grueso. En toda la casa reinaba un silencio que se veía interrumpido cuando presionaba las teclas del *laptop*.

Me gustaba escribir sin ningún ruido, inclusive rechazaba la idea de tener que escuchar música mientras lo hacía, pues siempre terminaba cantando e ignorando mis escritos. Por ello, pensaba que la música, tanto como los libros, eran un medio influyente muy eficaz.

Tras dar clic en publicar, me quité las gafas. Había tardado una hora, cuatro minutos y treinta segundos en escribir el nuevo capítulo de mi historia, cosa que fue una hazaña, ya que siempre tardaba más. Supongo que después de ser pillada *in fraganti* por el Poste necesitaba distraerme para olvidar mi infortunado encuentro. Estiré los brazos al cielo y enderecé mi rígida espalda; necesitaba acomodar los músculos.

Comprobé que todo estuviera en orden y me levanté de la silla de un salto. Antes de bajar en busca de comida, me asomé por el oscuro pasillo para no tener la divina suerte de toparme con Felix. Estaba demasiado avergonzada para verle incluso la punta del zapato. Avergonzada conmigo misma y con él por hallarme de intrusa dentro de su cuarto.

Una vez que me encontré con el solitario pasillo, me apresuré a bajar y correr hasta la cocina.

De uno de los muebles saqué una caja con cereales y de la nevera un yogur de frutilla. La disyuntiva de meter todo mezclado dentro de una taza y subir se resolvió cuando opté por volver a mi habitación con el yogur y la caja de cereales.

Estaba leyendo los ingredientes del cereal sin tener una idea de lo que me encontraría una vez en mi habitación.

La oscuridad ayudó para darle un aspecto terrorífico que me hizo pegar un grito ahogado apenas traspasé el umbral. Sentado en mi silla de escritorio, apoyado en el respaldo, con las piernas cruzadas, tocándose las yemas de sus dedos y observándome con su inexpresivo rostro, Felix aguardaba a la espera

de mi entrada.

—¿Qué haces? —pregunté con pasmo dejando las cosas en la cómoda, junto a mi maquillaje y el cofre de Lena.

Mi cuerpo se tensó. Deslicé la mirada hacia mi *laptop*, lo que provocó un esbozo terriblemente espeluznante por parte de mi compañero, para al final darle un rápido vistazo y levantarse de la silla. Tragué saliva con dificultad al verlo frente a mí.

—Así que escribes en Wattpad... ¿Acaso quieres igualar a tu padre? Tienes mucho camino por recorrer, pequeño Hurón. —Cada una de sus palabras la pronunciaba más marcada que la otra. Su voz me pareció siniestra, muy golpeada, llena de veneno. Vaya forma de vengarse por entrometerme en sus cosas—. Por otro lado, no creo que nadie te tome en serio con esa historia y ese nombre de usuario tan penoso. ¿Neurona Anónima? Al menos ponle un nombre agradado a la única neurona funcional que tienes, McFly.

Mi mandíbula estaba tan apretada que comenzó a dolerme la quijada. Mis manos eran puños de carne a mis costados. Ni siquiera torcí las cejas, sino que estaban lineales. Quería calmarme, dejar pasar los comentarios de alguien que solo abría la boca para fastidiarme, que no merecía una respuesta.

No pude. No quería que quedara así.

—¿Tú qué sabes?

El Poste se inclinó hasta quedar relativamente a mi altura. Me hubiera punzado un ojo con su puntiaguda nariz de no ser porque di medio paso atrás.

—Sé mucho sobre estos temas, sobre todo los que involucran aquella plataforma. Si quieres seguir humillándote por escribir algo tan... —Lo medité ladeando la cabeza. Buscaba la palabra ideal para describir mi historia, pero terminó haciendo una mueca y volviendo a enderezarse— patético, sí, eso, es aceptable. Es decir, hay que ver quién lo escribe. Como consejo, diría que lo mejor es no seguirte involucrando. Créeme, novelas así no llegan a ningún sitio, y menos con una trama tan superficial. Tómalo como un consejo de Synapses.

Ni siquiera tomé en cuenta lo último cuando estampé mi mano en su mejilla, tampoco me interesó haber golpeado a alguien del que no me hacía una idea de cómo reaccionaría. Me encontraba llena de rabia... Quería y necesitaba descargarla. Tal impulso me devolvió una satisfacción después de hacerlo, deseaba más de esa extraña energía que me había envuelto. Floyd McFly había llegado a su máximo de paciencia y, sin importar contra quien fuese, ella siempre descargaba la acumulación de ira contra alguien.

—Eres un niño mimado que cree tener a todo el mundo bajo sus pies, ¿es eso? Apuesto que tienes la autoestima tan baja que para subirla necesitas decir todas estas estupideces a mí y a los demás. Con tu genio no me sorprende que todavía no tengas amigos por la ciudad. Soy la única misericordiosa que te habla en todo Jackson, ¿sabes por qué? Por lástima. Deberías agradecerme que siga siendo benevolente con personas tan... detestables como tú. Haznos un favor y esfúmate de la existencia, en el mundo

hay demasiados amargados para tener que aguantar a uno más.

Resoplé exasperada, esperando su inmediata respuesta; quizás algún gesto desdefioso, una rotación de ojos, una mueca o solo que se marchase. Sin embargo, Felix no se marchó como creí que lo haría cuando pasó a mi lado. No. Caminó lento a mi alrededor hasta quedar otra vez frente a mí.

—¿Terminaste tu berrinche? Porque yo también tengo mucho que decir de ti, McFly. —Que hubiese pronunciado de forma tan articulada mi nombre hizo despertar algo en mí. Fue un cosquilleo en la nuca muy incómodo.

—No me interesa lo que tengas que opinar o decir de mí. Lár-ga-te.

Señalé la puerta, pero Felix no hizo más que un movimiento con sus ojos para ver hacia dónde señalaba y volvió a mirarme.

—Oblígame —ordenó, para luego hacer otra mueca y sentarse, esta vez, sobre mi cama—. Tienes tanto derecho sobre mí como lo tienes con... ¿cómo es su nombre? ¿Wladimir? —Entreabrí mis labios al escuchar el nombre. El contacto visual que ambos teníamos lo quebré al bajar la mirada al suelo una centésima de segundos, entonces, Felix continuó hablando—: Dime, ¿qué se siente haber sido reemplazada tan fácilmente? Debe ser terrible saber que nadie puede tomarte en serio. Acostúmbrate, tampoco lo harán tus lectores.

Y con eso abofeteé su otra mejilla, lo que causó que sangrara una de sus fosas nasales. La hebra de sangre, al llegar a su labio, cayó a su playera. Fue desconcertante verlo sangrar con tanta facilidad, pero a él no pareció importarle mucho; se pasó el dorso de la mano y se marchó de mi habitación cerrando la puerta de un portazo.

Me quedé de pie sintiéndome fatal por haber usado la violencia, por dejarme llevar por esa bestialidad y también por decirle todas esas cosas. Quizás lo mejor era haber ignorado sus comentarios, porque bien sabía que esa había sido su forma de venganza a cambio de haber entrado a su habitación, haber revisado sus cosas.

En silencio, aplané mis labios sintiendo un nudo en la garganta y consumida por la culpa. No obstante, era cierto que no debí recibir sus palabras llenas de veneno.

Inspiré hondo y salí de mi cuarto. Felix estaba en el baño, con la puerta junta, lo que dejaba que un halo de luz iluminara el pasillo. Encogiéndome de hombros a la espera de recibir algún rechazo, entré al baño y miré al Poste a través del espejo. Estaba con sus mejillas rojas, mi mano marcada en ellas. Su nariz todavía sangraba; al caer la sangre, se mezclaba con el agua que corría.

Inspiré y me preparé para hablar. Felix se adelantó.

—No te disculpes —pronunció, apoyado en el lavamanos—, solo ve por algo frío.

Tras unos minutos buscando entre la comida del congelador, logré dar con la bolsa de gel térmico ultra frío, que hacía un tiempo mamá había comprado. El gel estaba igual de frío que el hielo, así que tuve que envolverlo en un mantel para que Felix pudiese colocarlo en sus mejillas. Subí las escaleras, pero ya no estaba en el baño, había vuelto a su habitación.

Golpeé.

—¿Por qué golpeas? Ya entraste sin permiso antes.

Siempre tan amigable. Era probable que no se hiciera una idea de lo frío que se estaban poniendo mis dedos por el gel. Oh, no, claro que no. Felix no veía lo benevolente que era yo al hacerle ese favor. Chasqueé la lengua y le entregué el gel. Me senté en la cama frente a él queriendo arreglar las cosas, pero los ánimos no me dieron, así que terminé observándolo con el gel en su mejilla.

—Ten —Lo extendió en mi dirección—. Tú eres la que debería enfriarse las manos haciendo esto.

—No pensé que el frío pudiese dañar al rey de hielo.

Recibí el gel y lo coloqué en su mejilla; lo cambié a la otra tras veinte segundos que se me hicieron interminables. El frío en mis dedos comenzaba a adormecerlos y el dolor se acentuaba, pero no dije nada, quizás como una forma de castigo por haberlo golpeado.

Todo estaba en sumo silencio en la casa, no había nadie más, lo que me hizo intuir que dos adolescentes en una habitación, solos, podría traer problemas, sobre todo si nuestros padres llegaban de improviso.

—Dar mi primer beso.

Lo miré ceñuda, sin comprender. Blanqueó los ojos y se quedó un momento mirando hacia el techo, como contando los segundos hasta que volviera su paciencia. Al mirarme de nuevo, abrió sus labios enseñando sus dos dientes delanteros. Lo noté algo dudoso.

—Dar mi primer beso, eso decía la lista. Eso querías saber, ¿no?

Enrojecí y luego asentí nerviosa.

—¿Nunca has besado a nadie? —cuestioné con cierta mofa. Mi expresión de burla se fracturó al sentir su mano sobre la mía. Quería de vuelta la bolsa de gel, la cual dejé libre apenas sentí su tacto.

—Nunca había besado a alguien. Fuiste la privilegiada, Hurón.

Dejé de respirar o quizás morí y volví de entre los muertos en una centésima de segundo. Me paralicé frente a sus ojos, era muy evidente lo incómoda que me resultaba la situación, tenerlo frente a mis ojos y, por encima de todo, hablar de aquel beso.

¿Qué podía decir? No me sentía privilegiada, me sentía muy confundida y molesta, fastidiada por su cambiante estado.

Iba a reclamarle justo en ese mágico momento en que Felix pronunciaría un agónico y muy sorpresivo «lo siento» que no logró puntualizar. El cerrojo de la puerta lo salvó de la situación que comenzaba a tornarse embarazosa y agradecí que nuestros padres estuviesen de vuelta en un momento tan oportuno. Volvería a mi habitación como si nada pasara, fingiría que en todo momento había estado leyendo o viendo alguna película y... nada, tendría que explicar por qué el hijo de nuestros huéspedes tenía sus mejillas tan rojas.

Rayos.

«Ay, Hurón, no sales de un problema y ya estás metida en otro», reclamaba mi yo interno.

Al bajar las escaleras, mamá y papá me recibieron con un beso en la frente.

—¿Cómo estás, Huroncito? —preguntó mamá estrujando una de mis mejillas. Traté de sonar normal.

—Bien. ¿Dónde estaban?

—Fuimos al casino —respondió papá de camino a la cocina—. Tuvimos que venirnos porque cierta persona perdió todo el dinero que llevábamos en las máquinas.

Mamá se rio entre dientes.

—Lamento decirte que perdí todos tus ahorros, Floyd —bromeó.

Iba a responder hasta que la escalera crujió. Felix bajó hasta el primer piso, sin el gel, pero con sus mejillas relativamente rojas. Mamá desplegó una sonrisa ladina, acarició mi barbilla y se marchó a la cocina llamando a papá. En la sala solo quedamos los Frederick y yo. Inspiré hondo preparándome para dar una buena explicación del porqué de las mejillas rojas de Felix.

—¿Te encuentras bien, Chami? —preguntó la madre del Poste una vez que él bajó.

—¿Chami? —repetí, girando en su dirección. Ella alzó las cejas y sonrió con entusiasmo, examinando las mejillas de su hijo. Una parte del remordimiento volvió a mí.

—Es el apodo que Chase y yo tenemos —respondió divertida mirando a su marido, quien se quedó dormido apenas se había sentado en el sofá—. Es la mezcla de nuestros nombres.

Reí cubriendo mi boca con la mano para disimularla ante Felix; ya podía sentir que él destrozaba cada parte de mí con su fría mirada. Otra vez me vino a la cabeza el sentimiento de culpabilidad. Me callé al instante.

—Sí, fue un problema con el gato —le respondió a su madre—. Iré a dormir. Buenas noches.

Tía Michelle revolvió el cabello antes de que su hijo se marchara por las escaleras hasta perderse en el segundo piso. Respiró hondo y se sentó junto a tío Chase que dormitaba.

—Felix teme a los gatos desde que uno lo arañó en la mejilla. Cuando hace mucho frío o sus mejillas se ponen rojas, se puede ver la cicatriz —habló entre la confidencia y la burla—. Adoro a los gatos, pero por él no puedo tener ninguno. Esperemos que con Cutro pueda tolerarlos. —Terminó y acarició su vientre, observándolo con ternura y, de repente, le dio un codazo a su marido, lo que hizo que este despertara desorientado y muy adolorido.

—¿Qué pasa, terroncito de azúcar?

Tosí omitiendo la carcajada que quería escaparse de mi interior. Volví a toser hasta causarme un ataque.

—L-lo... siento —pronuncié con dificultad.

Aproveché esa instancia para subir a mi cuarto y encerrarme para nunca más querer salir de allí.

¿«Terroncito de azúcar»? Ese apodo se lleva el premio empalagoso del año.

Al día siguiente Felix y yo ni siquiera nos dirigimos la palabra; nunca se dio

la ocasión. En general, los fines de semana él se la pasaba encerrado en su cuarto leyendo, escuchando música y, después de decir que él era Synapses, creí que estaba escribiendo.

Dios..., quería que la tierra me tragara por una y mil razones. Había hablado maravillas de Synapses y su novela, y al conocerlo planté una cachetada que casi hizo que se le salieran los sesos por la nariz. ¡Y lo peor era que no había sido una mejilla, sino dos! Me envolví entre las sábanas suplicando que, si realmente existían, los extraterrestres se apiadaran de mi situación y me abdujeran. No había nada que hacer, ni nadie que pudiera controlarme en ese instante. Mi paciencia llegó al grado más alto del termómetro y, cuando eso pasaba, ya nada se podía hacer. Era consciente de que guardarme tantas cosas para mí era el catalizador de ello, mas siempre preferí callarme las cosas, no armar dramas y dejar la paciencia por encima de la ira.

El lunes, después del rutinario desayuno de locos, Felix y yo salimos de la casa una fría mañana hacia el paradero. Esperaba con ansias que ya llegara la primavera, aunque siempre me daba alergia para aquellas fechas y terminaba estornudando por todo.

Odioso polen.

Caminaba a dos pasos del Poste cuando nos reunimos en el paradero. Nadie más vivía lo suficientemente cerca como para que llegara a interrumpir el silencio entre ambos. Joseff podía ser candidato perfecto, pero nunca coincidíamos en el bus escolar. Ni en el paradero.

Si la rutina iba a ser así, con Felix y yo solos esperando el bus, entonces debía asumirlo. Ya no soportaba tener que estar callada un segundo más. Iba a hacerlo hablar de alguna u otra forma.

—Gracias.

Tragué saliva con dificultad esperando su respuesta. ¿Era una buena forma de iniciar una conversación con él?

Lo comprobé al instante.

—¿Por qué? —preguntó mirando hacia la calle en busca del mínimo avistamiento del autobús.

—Pues... —Jugueteé con mis dedos, nerviosa— *Uhm...* ¿no decir que te golpeé?

—No soy un soplón, Hurón. —Se balanceó encogiéndose de hombros. El vaho salía de su boca y un escalofrío hizo que se sacudiera. Estaba vistiendo el abrigo marrón y una bufanda roja con negro que hacía ver su nariz mucho más rosada de lo normal—. ¿Tienes algo más que decir? —husmeó—. Cualquier persona que te viera creería que te gusto.

Negué con la cabeza. Era un pretencioso después de todo.

—Entonces, las personas son muy malas para interpretar cosas. Pero sí, tengo algo más que decir. Lamento haber entrado a tu habitación, ver la fotografía y leer la lista, me ganó la curiosidad.

—También lamento que hayas entrado a mi habitación, buscado entre mis cosas y leído la lista... Y también lamento haberte dicho todas esas cosas.

Reaccioné como una Miss Universo al enterarse de que era la ganadora, ya que desde mi perspectiva había ganado algo que jamás creí poder escuchar. Felix Frederick se había disculpado. ¿Acaso tenía fiebre? Alcé una ceja y lo examiné. *Nop*, no se veía enfermo, solo muerto de frío.

Terminó por apartarme del frente con su mano y volvió a mirar la calle.

—Aún no creo que haya golpeado a Synapses... —me agarré el cabello para no saltar de la impresión— o haberlo conocido... ¿Es eso posible?

—No realmente. —Hizo una mueca y giró en mi dirección hasta quedar frente a mí—. No soy Synapses, soy su mero seguidor —confesó.

Adiós a mi repentino entusiasmo.

—¿Es decir, que no escribes? ¿Eres algo así como un lector fantasma?

—Ninguno de los dos; sí escribo.

Agrandé mis ojos con sorpresa. Hizo una mueca extraña y un gesto para que me apartara. No lo hice, en su lugar lo agarré de los brazos para que me mirara y así no esquivara el tema.

—¿Cómo se llama tu historia? ¿Es famosa? ¿Cuál es tu usuario? ¿Hace cuánto la tienes? ¿Tienes muchos seguidores? ¿Actualizas seguido?

Su barbilla tembló y sus ojos dieron con los míos, pero no me miraba, se encontraba ido, como si el real Felix hubiera tomado un viaje dejando un cuerpo sin fuerzas. Lo único que balbuceó fue:

—Eso es... ah, es...

Y se desplomó sobre mí, como un peso muerto.

Todos los días aprendemos algo nuevo, directa o indirectamente. El aprender y tener conocimiento es algo innato del ser humano y, a lo largo de la vida, nos vamos colmando de más y más cosas. Nunca había meditado sobre ello hasta que, sentada en un frío pasillo del hospital, a mi vocabulario llegó un nuevo concepto: cardiomiopatía dilatada.

nuevos

Observé el asiento vacío donde Felix todas las mañanas se sentaba a desayunar. Desde el primer día en casa me percaté de su hábito sobre el desayuno. Primero se servía media taza de té y le echaba leche, lo revolvía y agregaba cinco gotas de endulzante, revolvía otra vez, golpeaba con delicadeza la cuchara contra la taza y luego la dejaba en el plato. Posteriormente, buscaba el pan más blando, lo partía por la mitad, sacaba la miga del interior y, finalmente, le esparcía con un cuchillo mermelada de durazno. No era hasta tener consigo una servilleta que comenzaba a comer; un sorbo del té con leche, luego un mordisco al pan.

Odiaba que fuese tan rutinario y pulcro para desayunar; no lo soportaba. Sin embargo, ese lunes, estando todos en la mesa después de llegar del hospital,

pude notar su ausencia. Incluso cuando sus gestos amargos y su expresión de odio hacia todo el mundo siempre me fastidiaron, comprendí que me había acostumbrado a su presencia.

Solo reinaba un absorto silencio. Fue muy extraño, no había risas, comentarios sobre el deporte, no había plática... Silencio y expresiones abatidas.

—¿Por qué nadie me lo dijo?

Repasé las expresiones de cada uno esperando una respuesta a mi pregunta. Ninguno de los adultos presentes parecía tener intenciones o los ánimos de contestar. Mamá, quien estaba a mi derecha, posó su mano sobre mi hombro como un gesto de consuelo. No necesitaba que alguien me consolara, precisaba explicaciones. Me moví para que me dejara en paz. La tensión en mi frente se acentuó más que antes.

—A Felix no le gusta hablar de eso, no quiere tratos especiales ni que se lo mencione, quiere ser alguien normal dentro de lo que se requiere. Quiere tener su año normal.

Fue lo único que el tío Chase respondió. Creo que nunca lo había visto tan serio desde que llegó, hasta podría decir que su expresión apagada me dio escalofríos. Lo mismo con su mujer; la madre de Felix siempre traía una expresión distraída y alegre, riéndose de todo; sentada junto a su marido, quien acariciaba su mano como consuelo, todos esos colores en su rostro se habían esfumado. Pálida, con los labios rectos y sus ojos caídos.

Me mordí los labios rememorando, para mi mala fortuna, las palabras que le había dicho después de pegarle la primera bofetada. Casi le pedí que muriera, le sugerí que se esfumara de la Tierra. Si hubiese sabido lo de su enfermedad, antes no lo habría dicho. Jamás.

Investigué en Internet sobre la enfermedad, cuando estaba sola en el hospital, esperando a que sus padres y los míos llegaran, pude unir piezas y deducir muchas cosas. Felix no podía hacer ejercicio, correr o agitarse; eso explicaba por qué el profesor Manz nunca lo llamaba a competir con otros chicos. Felix se pasaba toda la hora de Gimnasia leyendo o durmiendo recostado en las gradas mientras escuchaba música a todo volumen. También pude comprender los motivos por los que no corrió tras el ladrón aquella vez que el cofre de Lena me fue arrebatado de las manos, literalmente. Sus desapariciones repentinas en el colegio, su visión amarga de la vida, su sarcasmo tan punzante...

Antes de que mis hinchados ojos comenzaran a botar fluidos y mis sollozos triunfaran ante el silencio, decidí levantarme de la mesa y subir a mi habitación. Felix dormía en su cuarto.

No vi hora, no vi días, no vi nada; solo me lancé a mi cama y me acosté bajo las sábanas pensando en todo. Por todos los cielos, necesitaba un descanso mental.

Algo me pedía no quedarme de brazos cruzados, hacer algo sin importar que fuese simple.

La puerta sonó dos veces. Cubierta por las sábanas ya me hacía una idea de quién llamaba, le diese permiso de entrar o no, él iba a hacerlo de todas formas. Opté por no decir nada, sino que me senté en la cama y esperé a que papá también lo hiciera.

—¿Se va a morir?

Fue lo primero que le pregunté. Era lo que más me preocupaba de todo ello, lógico.

—No digas eso, Hurón.

Papá me abrazó, pero no le regresé el abrazo. Me sentía molesta, él y mamá ya sabían lo de la enfermedad y nunca planearon decírmelo. De no ser porque Felix se desmayó, quizás nunca lo hubiese sabido. Pero ¿en qué cambiaría la situación ahora? Bueno, el impacto de saber qué le ocurría a Felix no habría sido tan abrupto.

—Todos recorreremos un camino con el mismo final.

—Sabes que no me refiero a eso, *pa* —hablé con obviedad. No quería una charla sobre la vida; sabía que todos tendríamos que morir algún día (muy bien, de hecho), pero intentaba no pensar cuándo sería... hasta entonces—. ¿No hay alguna forma en que se recupere? —Apreté las sábanas, llena de esperanza.

—Tiene tratamiento y controles médicos, pero si queremos que su enfermedad desaparezca por completo, se podrá con un trasplante de corazón.

—Eso es...

—No es tan sencillo —interrumpió—. La medicina y la tecnología han avanzado, pero recuerda que una operación así nunca es simple. No depende solo del cirujano, sino también del paciente y si puede acostumbrarse a su nuevo corazón. —Y no dijo más.

Tras varios minutos encerrada en mi habitación, decidí que era tiempo de tomar aire fresco. Ya casi era la hora de almuerzo en Jackson y el gallinero no paraba de enviarme mensajes preguntando el motivo de mi ausencia. A las cuatro no les agradó que les dejara el «visto» y, cuando decidieron hacerme una visita, no me quedó otra que responder que un dolor de estómago me había atacado de camino al paradero. No me gustaba tener que ocultarles cosas y agradecí que mi mentira no fuese dicha frente al cuarteto, porque mi ataque de hipo me habría delatado.

Al salir al pasillo caminé hacia el baño; no hubo tiempo de agarrar la manilla de la puerta cuando esta se abrió. Felix, quien pretendía salir del baño, ni siquiera se inmutó al verme. Yo estaba sorprendida, coloqué mis manos en su pecho y lo arrastré de vuelta al baño.

—¿Qué haces de pie? —le pregunté con pasmo, cerrando la puerta a mis espaldas.

—¿Quieres que te cuente que hacía en el baño? ¿Qué clase de fetiche raro es ese?

¿Debería haberme enojado? No podía hacerlo; en lugar de un ceño fruncido, tenía una sonrisa gigante. Felix seguía siendo el mismo pedante de siempre y

lo aprecié, porque dentro de su conjunto de expresiones y personalidades latosas, demostraba estar bien.

—Supongo que debes saber lo demente que te ves sonriendo así, ¿verdad?

—¿Por qué no me lo dijiste? —repliqué, volviendo a tornarme seria.

Debería ganar un premio a la perseverancia... o mejor, a ser insistente. Como buena McFly, no podía quedarme con la duda.

—¿Si te lo hubiera dicho, no me hubieras golpeado o el trato hubiese sido diferente? — inquirió, cruzándose de brazos—. No quiero tener privilegios porque esto —señaló mi pecho— pueda dejar de funcionar en cualquier momento.

—¡Calla! No digas eso tan... así como así.

Y calló. No porque mis palabras le llegaron al corazón y se quedó desvariando sobre ello, sino porque un impulso me hizo colocar mis manos sobre su boca para que no continuara escupiendo tantas cosas. Fue cuando su mirada afilada de aburrimiento punzó en mis manos que las aparté.

—¿Por qué no? Es algo que vengo asumiendo hace años, *McFlonald's*.

¡Grandioso! ¡Maravilloso! Felix había planeado otro lindo apodo para mí.

—Entonces... —omití rebatir su apodo o combatir bautizándolo con uno mejor—, ¿qué pretendes hacer ahora?

—Seguir con la vida, como antes. Que lo sepas ahora no cambia en nada mi situación — respondió restando importancia—. Ahora, déjame volver a la habitación. —Reafirmé mi posición y extendí mis brazos hacia los lados para asegurarle que no iba a ceder—. No vas a dejarme pasar, ¿verdad? —Resopló con impaciencia—. Vas a darme un sermón sobre la vida, mi huella a través de ella y esos cuentos para consolarme. Ya pasé por esas cosas, McFly, tengo diecisiete y soy consciente de ello.

—Haz lo de la lista. Puedes morir un día deseando haber hecho miles de cosas, o bien, puedes morir un día sabiendo que las hiciste... o al menos que lo intestaste. No te reprimas solo porque estás enfermo o tienes miedo a fallar. Atrévete a vivir.

—¡Qué sermón más emotivo! —dijo con sarcasmo—. Si digo que sí, ¿me dejarás en paz? —Asentí, recobrando en mi memoria la peculiar plática que habíamos tenido aquel día después de comer *pizza*—. Bien, lo intentaré.

Al día siguiente, el martes por la tarde, el club de voluntarios recibió a dos nuevos miembros.

Megura no paraba de parlotear que ayudar era una buena forma de marcar a las personas y dar un paso en la vida, que no solo le hacíamos un bien a la persona ayudada, sino también a nosotros mismos. Me estaba quedando dormida, cabeceaba sentada en mi silla, y Loo, la niña de tercer año a quienes todos temían, no dejaba de reírse de mí. Entredormida escuché que golpeaban la puerta; no puse mucha atención, comenzaba a adentrarme al mundo de Morfeo. Sentí una sensación apacible, como si estuviese en medio de un lago mecida por sus ondas y... ¡puff!, el estrépito de una silla que era arrastrada me jaló al mundo real. Levanté la cabeza y volteé a mi derecha

esperando que no fuesen Wladimir y su amigo de nuevo.

Y por suerte no eran.

Felix se cruzó de brazos, con su expresión de anciano amargado y enemigo de la vida.

—No digas nada o me uniré al Club de Ajedrez, tengo suficiente con que tu amigo no dejara de hablar.

Los ojos del Poste dieron con el otro nuevo miembro del club. Joseff dejó su mochila sobre el banco frente a mi mesa. Al sentarse se giró en nuestra dirección con una enorme sonrisa.

intenciones

La sonrisa alargada de Megura era tan despampanante como un árbol en Navidad, mientras los pocos chicos que incluía el club éramos como los Grinch no declarados, en especial el Poste con Patas. El único que tenía una sonrisa similar era Joseff, que se acomodó en la silla con el respaldo contra la pared y así tenía una vista panorámica de toda la sala.

—Los nuevos deberían presentarse, ¿no creen? —nos sugirió Megura.

Nadie respondió, a excepción de Sam, el chico con gafas que siempre lucía muy asustado. Joseff dio un respingo en su asiento y enderezó su espalda. Su pecho se infló con orgullo, como si recitara el himno del país. Antes de hablar carraspeó.

—Soy Joseff Martin, último año y recién transferido a esta escuela. —Como si no supiera si debía seguir hablando o no (cosa que seguro haría de todas formas) continuó con su presentación—. Me uní al club porque me gusta ayudar; hacer el bien es mi pequeño grano de arena.

—Eso es genial —dijo Megura con asombro y asintiendo mientras aplaudía. Me recordó a la profesora de Filosofía que antes enseñaba en Jackson, siempre contestaba con expresiones así—, muy admirable.

Joseff sonrió con orgullo, como un niño pequeño que ha respondido una pregunta matemática compleja. Se veía bastante tierno e ingenuo, dos rasgos propios de él. Todo muy diferente al chico inexpresivo sentado a mi lado, de brazos cruzados, apoyado en el respaldo de la silla y con una pierna sobre la otra. Por algún motivo esa pose de mafioso ya me era familiar. Sí, era muy parecida a la que me había encontrado al entrar a mi habitación y hallarlo sentado en mi silla después de haber leído la lista y visto la fotografía. Oh, sí, ahí estaba el inexpresivo, con sus ojos sobre la mesa y su expresión de odio universal.

—¿Y tú?

Megura no parecía diferente a todas las chicas cuando le preguntó esas dos palabras a Felix, lo que por un momento me hizo sentir normal; no era la

singular chica que se sentía intimidada con su intransigente mirada.

El Poste hizo una mueca de disgusto. El silencio reinó un instante y parecía que no había nada más interesante que hacer, ya que todos le prestaron atención, incluso la temible Loo.

—Soy Felix Frederick, último año.

Y no dijo más.

Tampoco esperaba que dejara mucho sobre él. El riguroso Felix, ¿tenía color favorito?, ¿quién era el ídolo que quería conocer?, ¿le había gustado alguien?, ¿quién era su mejor amigo?; además de amar la *pizza*, ¿qué otra comida le gustaba?, ¿cuál era su libro favorito? ¿y la película preferida?

Antes de colapsar, Joseff me despertó de un coma de preguntas inagotables.

—¿Y tú? —me preguntó—. ¿Por qué era que estás aquí?

Wladimir y su resplandeciente cabeza se me vinieron a la mente.

—Problemas con la ley —respondí.

Joseff lució sorprendido, agrandó su boca en una enorme O mayúscula y sus ojos como platos.

—¿En serio? Mi tío tuvo problemas con la ley, una vez casi se lo llevan preso; su vecino creía que portaba un arma y amenazaba a Spoty con ella. Resultó que solo era una pistola de agua.

—No me gustaría tener un vecino así, pero ¿quién es Spoty?

—El perro de mi tío. Es un labrador muy bonito —respondió, luego se tornó serio y, mirando de reojo a Felix, se acercó a mi mesa y, en confidencia, me preguntó—: ¿Sabes por qué él está aquí?

Sí que lo sabía. Ya lo decía la lista: «unirse a un club». Me alegré al pensar que, de todos los clubs entretenidos y disponibles, Felix Frederick había elegido el más aburrido y extraño. Y en el que yo estaba.

—Porque no tengo nada mejor con qué perder el tiempo —contestó tajante el Poste.

Comenzaba a pensar que su audición estaba mucho más desarrollada que la nuestra; siempre escuchaba todo lo que nosotros platicábamos.

—Siempre tan radiante y tierno, ¿verdad, Felix? —comenté con sarcasmo ante su respuesta. Me dio una mirada austera y volvió al frente, en la misma posición de mafioso de antes.

—Empatía es su segundo nombre —bromeó Joseff con una sonrisa traviesa; golpeé su hombro riendo entre dientes. Ambos miramos a Felix, quien solo se limitó a resoplar negando con la cabeza.

Éramos los únicos que estábamos haciendo algo relativamente normal: riendo. Los demás lucían tan deprimentes y distantes que hasta la sala lucía gris. Por las ventanas ni siquiera entraba el sol y justo ese día el sol lucía enorme y digno de un día de verano, no de invierno.

¿Acaso una barrera de amargura rodeaba la vieja sala?

Comenzaba a creer que sí en tanto Megura volvió a hablar.

—Los dos chicos de antes, Wladimir y Thomas ya no estarán con nosotros —dijo con melancolía, como si hablara en un funeral. Sentí un amargo sabor en la boca al escuchar el primer nombre y de manera inevitable tomé mi cabello recordando el largo que mantenía antes de que lo cortara.

—Es una enorme y desgarradora pena.

El punzante tono sarcástico de Loo hizo que Felix esbozara una sonrisa ladina. Conservé la cordura que me quedaba y me acerqué a él con incredulidad para ver su sonrisa con más detalle, sin poder creer que una así pudiera ser formada por alguien como él. El Poste colocó su mano en mi frente y me apartó sin mover ninguna de sus otras extremidades.

Justo en ese instante dos golpes tímidos se oyeron en la puerta.

Una chica llamada Caroline, de primer año, requería la ayuda del club. Un acosador la seguía desde hacía ya tiempo y cada día se asustaba más de sus desconocidas intenciones, de su rostro, de su forma de caminar, de la forma en que la miraba... de todo. Muchas veces intentó decirle que se alejara, pero nunca lo hizo. Por el contrario, parecía que eso lo hacía acercar más. Estaba avergonzada de contárselo a otros, así que decidió pedirle ayuda al Club de Voluntarios: siete chicos que ni siquiera se miraban la cara.

Claro, la chica no sabía eso. Para ella seguro éramos un club común y corriente. Todos amigos.

—Por favor... —suplicó después de su pequeño relato sobre los hechos—, no se lo digan a ninguna persona. No quiero preocupar a nadie, mucho menos a mamá. Por eso recurrí a ustedes.

De verdad lucía asustada. Megura la consoló posando una mano sobre su hombro y sonriéndole como lo haría una madre de algún comercial.

—Tranquila, la regla es que lo que sucede aquí se queda aquí. Nadie le dirá tu problema a otra persona, te lo aseguro.

«¿Regla? ¿Desde cuándo existe esa regla y por qué nadie me la dijo?», cuestioné. Loo fue la primera persona (que no fuera Megura) en hablar.

—Una buena golpiza lo hará apretar el culo y salir corriendo —comentó luego de un gruñido. Se tronó los dedos, lo que me causó un escalofrío y las arrugas de una anciana en la frente—. Yo me ofrezco como voluntaria.

—Agredir a alguien no es una opción —recriminó Joseff, volteando en su dirección. Me espanté, porque nadie en su sano juicio le respondería a Loo de esa forma—. No en este caso. Quizás el chico tenga buenos motivos y lo recriminan como si fuera un delincuente.

—¿Entonces quieres que le regale flores y le diga: «continúa siguiéndome hasta el baño, no me enojaré»? —espetó la rubia con sarcasmo. Jo rodó los ojos, disgustado—. No seas ingenuo, seguro tiene fotos de ella que usa para...

—¿Y si no es así? —la interrumpió. Ya estaba planeando qué flores comprar para su funeral, sin chistes—. ¿Por qué juzgar a un libro por su portada? No, no. No saquemos conclusiones apresuradas, quizás tiene buenas intenciones.

—No puedes verle el lado bueno a todo, Martín. —A mi lado, Felix por fin dejó su posición mafiosa para apoyarse sobre la mesa frente a él.

Los ojos de todos se posaron en él, quien no parecía ser el tipo de chico que hablara en situaciones así. De hecho, creí que su interés por el club era diminuto.

—Si ese tipejo anda detrás de ella sin decirle nada, mirándola de lejos y siguiéndola... entonces es puro morbo. Si tuviera buenas intenciones o inocentes, se habría acercado cuando le pidió que la dejara en paz. No puedes fiarte de todos o creer que todo el mundo es tan humanitario como tú. Lamento decirte que la realidad es muy diferente; hoy en día las buenas acciones están en extinción.

El silencio colmó la sala. Esa era la habilidad secreta de Felix. Pero yo pensaba diferente: sabía que en el mundo todavía quedaba algo de humanidad y bondad, no todo era maldad. Lo sabía, porque yo misma había tenido el privilegio de verlo.

—Tampoco puedes verle el lado feo a todo. Es muy deprimente vivir sabiendo que todo el mundo tiene malas intenciones o dividir a las personas como si fuéramos categorías. No existen personas buenas o malas, solo existen personas. Tampoco puedes ir por la vida sacando conclusiones apresuradas; somos impredecibles en muchos ámbitos y juzgar de manera anticipada es un error que todos hemos hecho, pero que deberíamos enmendar.

La reluciente yema del dedo pulgar de Joseff fue lo primero que vi después de mi discurso, luego su sonrisa.

—En-entonces descubramos cuáles son sus intenciones —propuso el callado Sam, a varias mesas de distancia.

—¿Qué quieres decir? —interrogó Josh recién saliendo de su letargo. Se frotó uno de sus ojos y bostezó, lo que provocó que yo también lo hiciera.

—Enfrentémoslo —respondió su amigo—. Un día de estos lo pillamos desprevenido usando a Caroline como señuelo y lo encaramos.

Joseff, Megura, Josh y yo asentimos por inercia. Nos pareció una buena idea a la mayoría.

—Puede ser en el metro —habló Caroline—. Allí siempre lo encuentro y hay muchos lugares donde interceptarlo.

—Me parece bien —accedió Loo— y si no quiere cooperar... ¡Crach! Puñetazo en la nariz.

Josh se echó a reír y fue la misma Loo quien lo hizo callar.

Acordamos entre todos que el miércoles —es decir, al día siguiente— llevaríamos a cabo la Operación *Incepción*. El nombre no tenía nada que ver con lo que haríamos, pero Josh le halló un parecido a «intercepción». Lo repitió tantas veces que al final todos decidimos llamarlo así.

El plan consistía en interceptar al chico en las escaleras del metro temprano por la mañana, así que todos tendríamos que madrugar para ubicarnos en nuestras posiciones. Caroline sería el señuelo, como propuso Sam. Se bajaría del metro y subiría por las escaleras norte de la estación, donde existía una puerta al costado. Loo y Sam serían los encargados de comprobar antes que la

puerta estuviera abierta. Para ello, Josh tendría que hacer un escándalo que distrajera a los guardias. Megura estaría al pendiente con un *walkie talkie* para avisarles a Loo y Sam sobre el sujeto. Cuando el objetivo estuviera subiendo las escaleras, Joseff, Felix y yo nos encargaríamos de que no escapara; seríamos quienes lo retuviéramos en caso de que algo saliera mal y lo meteríamos a la fuerza por la puerta.

Con el plan hecho y habiendo acordado reunirnos en la estación de metro *Price of Valor* antes de la hora pico, todos volvimos a casa.

Al salir del club, un viento helado me pegó en la nariz. Todavía el invierno estaba presente en la ciudad, cosa que me fue totalmente de improviso, puesto que en la tarde el sol resplandecía con todas sus fuerzas (aunque eso no pudiera apreciarse dentro de la lúgubre sala del club). Me abracé y encogí de hombros, esperando que de esa forma el frío disminuyera.

—Ponte mi chaqueta —ofreció Joseff, quitándose su abrigo mientras caminábamos de vuelta a nuestras casas—. Soy alguien de cuerpo caliente.

—Tss... —chistó Felix al oír lo último.

Alcé una ceja, ladeando la cabeza para verlo. El Poste se estaba colocando sus audífonos del demonio otra vez. Decidí fastidiarlo un poco, antes de que la música le llegara al cerebro y dejase de prestarnos atención.

—Las buenas acciones están en extinción, ¿eh?

Me miró altivo por el rabillo del ojo y volvió a mirar al frente.

—El parlanchín de tu amigo es una excepción —se defendió.

Joseff colocó una mano sobre su pecho fingiendo sorpresa. Avanzó unos pasos más y comenzó a caminar en reversa, dándole la espalda al camino.

—Soy Joseff, amigo. J-O-S-E-F-F.

Por un instante me lo imaginé vestido de porrista, con pompones diciendo las letras de su nombre en tono cantarín. Realmente quise quitarme esa peculiar imagen de la cabeza por amor a mi sueño nocturno. No quería tener pesadillas.

—Como digas, J-o-s-e-f-f —espetó Felix con voz soporífera. Blanquéé los ojos al escucharlo.

—Quiero estar en primera fila cuando escuches a ese sujeto que sigue a Caroline. Si lo hace por una buena razón, me reiré en tu cara —lo desafié, acomodando el abrigo de Jo en mis hombros—. Tal vez sea alguien enamorado de ella con temor a declararse.

—Te demostraré que te equivocas —pronunció muy locuaz el Poste—, Neurona Anónima.

Torcí los labios al escuchar mi nombre de usuario en Wattpad.

—No pretendo sacar conclusiones apresuradas, pero si crees tener razón...

—¿Quieres apostar? —interrumpió, deteniendo el paso; por consiguiente, Jo y yo también nos detuvimos—. Que el parlante humano sea nuestro testigo.

Extendió su mano a fin de estrecharla como sello de nuestra apuesta. Antes de que Jo pudiese recriminarle por el apodo, acepté la apuesta.

inceptión

El martes por la noche programé la alarma para que sonara una hora antes de lo acostumbrado. Nuestro encuentro en la estación *Price of Valor* sería a las 7:30, cuestión que resultaba un fastidio, porque tendría que madrugar y mi humor era horrible. Para asumirlo, me dormí repitiendo que despertar temprano sería para una buena causa. Además, estaba ansiosa por saber quién rayos ganaría la apuesta.

Soñaba con la película que Sherlyn y yo fuimos a ver al cine, cuando me sentí mecida por una fuerza ajena a mí. En el mundo de mi sueño una voz distorsionada decía mi nombre... O así parecía, aunque no era parte del sueño. Abrí mis ojos algo descolocada del mundo real hasta que me hallé tendida en la cama, en mi habitación, rodeada de mis cosas y con la expresión desganada tan característica del primogénito de los Frederick.

Felix se cruzó de brazos al verme despertar —en estado de *shock*— de mi letargo y alzó una ceja como si ante sus ojos estuviera un bicho raro y hórrido. Apenas lo vi en mi habitación, agarré la sábana y me cubrí el pecho, cuestión que resultó muy devastadora para alguien que llevaba un pijama que, prácticamente, le cubría hasta las orejas.

Lanzó un bufido displicente y negó con la cabeza.

—No estoy interesado en verte con un pijama tan ridículo, McFly. Créeme que es lo último que me gustaría ver.

—¿Dime qué haces aquí? —exigí saber.

—Vine a despertarte. Tu despertador sonó hace media hora.

Busqué la hora en mi celular. Eran las 6:35, lo que significaba que la alarma había sonado y una Floyd con ganas de seguir durmiendo la detuvo para volver a sumirse en el mundo de los sueños.

Nuestros padres dormían. Todo estaba en completo silencio. La casa estaba muy oscura y afuera también. Me asomé por el pasillo detrás de Felix; parecía la típica casa del terror que está en el parque de entretenimientos. Tragué saliva sintiendo un temor poco común, después de todo era mi casa, nada extraño pasaba, exceptuando a veces el comportamiento de mis padres; cuando les bajaba el «amor», se ponían muy empalagosos, cosa que pocos podían tener el «privilegio» de ver, hablando de manera inocente.

Bajé a la cocina y encendí el hervidor. Felix había puesto cuatro rebanadas de pan de molde en el tostador y su té con leche ya estaba servido en la mesa redonda donde todos nos sentábamos a desayunar. Su pan tostado no tardó en estar listo, lo sacó rápido del horno y puso las rebanadas sobre la mesa. Alargué mi mano para sacar una, pero las tomó y las corrió lejos de mí para

denegar mi acción.

—Estas son mías —advirtió—, tuesta las tuyas.

Me lo esperaba. Que Felix se preocupara de mí en el desayuno sería una cosa demasiada fantasiosa, tanto como lo fue mi sueño, o digno de un milagro al que enmarcaría como las fotografías de mamá y lo tendría para toda la vida.

Blanqueé los ojos y busqué el pan de molde, saqué dos rebanadas y las metí en el horno. En unos minutos, ambos estábamos sentados en nuestros usuales puestos, desayunando.

—Luces más molesto que de costumbre —le comenté al mirarlo dar un sorbo al café.

—Tu bestia peluda no dejaba de dar arañazos a mi puerta anoche —respondió dejando la taza de café sobre el plato.

—No es mía, es de papá —aclaré con fastidio—. Yo también lo detesto, pero ¿no crees que ya sea tiempo de superar tu trauma con los gatos, Chami?

Cargué la voz más de lo normal en el flamante apodo por el que su madre lo llamaba. Quería lanzar una carcajada al cielo al ver su expresión desdeñosa con la intención de hacerme pedazos con la mirada, pero omití hacerlo y dejé que mi memoria visual la recordase para futuras travesuras con su nombre.

—No seas así. ¿Sabías que sonreír hace bien para el alma?

Otro gesto austero sucumbió en su rostro.

—Ajá, así como el sol es bueno para «levantar los ánimos».

—Bueno, eso es lo que dicen los expertos. Aunque también dicen que da cáncer —hablé con la boca llena y tragué con dificultad la masa de pan. Me encogí de hombros al ver su mirada desaprobadora—. Eso explica por qué estás tan pálido.

—Omitiré tu intento de chiste; tengo suficiente con verte tan temprano por la mañana —espetó, negando con la cabeza y las cejas muy alzadas.

—Fuiste tú el que me despertó, no yo a ti. —Meneé las cejas y esboqué una sonrisa ladina; finalmente, terminé sonrojándome como una cereza—. Ah, *uhm...* —Bebí un poco de té y carraspeé—. ¿Qué vas a pedir si ganas la apuesta?

—Es un secreto.

Respondió tres palabras nada más y no parecía dispuesto a decir más. Las preguntas volvieron a mi cabeza. A decir verdad, tenía demasiadas cosas, como saber también qué iba a solicitarle a cambio si es que ganaba la apuesta.

Demasiadas cosas que deseaba pedirle.

La estación se encontraba fría, muy iluminada, con personas caminando de lado a lado metidos en sus celulares y sin preocuparse de su entorno (cosa que vi a nuestro favor, ya que, si íbamos a hacer un «secuestro exprés», debíamos tener a los menos testigos posibles). Para llegar a lo último del subterráneo

debíamos bajar una tanda de enormes escaleras. De vez en cuando, miraba de reojo a Felix para saber qué tal iba, aunque no se mostraba con problemas.

Al llegar abajo, las personas esperaban el metro, solitarias, por lo que nos resultó fácil hallar a un grupo de chiflados, reunidos esperando por nosotros.

Me retrasé bastante después de tomar el desayuno y era que no quería ir al metro en pijama o sin haberme bañado.

—¡Hola! Perdón por la demora.

Megura y Sam fueron los únicos que me saludaron relativamente felices. Josh estaba de brazos cruzados, con su cabello rojo muy alborotado, unas enormes ojeras y con la expresión de un niño pequeño al que no le compraron caramelos. Y Loo... Bueno, ella se alejó del grupo despotricando contra todo aquel que pasara junto a ella. Está de más decir que su humor estaba peor que de costumbre; preferí no mirarla más, quería salir viva de la Operación *Incepción*.

La líder del club leyó un mensaje en su celular y luego nos lo enseñó.

—Caroline viene en camino y el objetivo, también. —Una fotografía algo borrosa nos enseñaba quién era el sujeto que la seguía. Parecía un ermitaño, con dientes de ardilla y una joroba en creación. Al instante, con miedo a quedar iguales, todos enderezamos la espalda al ver lo encorvado que era.

Loo agarró a Sam por la ropa desde su espalda. Los ojos del tímido Sam se abrieron a la par y dio un salto en su lugar, sin querer girarse.

—Iremos a abrir la puerta —informó la rubia, arrastrando a su compañero. Y se perdieron entre las personas.

—¿Dónde está el otro chico? —me preguntó Megura, frunciendo las cejas. Le dio un vistazo a Felix, quien permanecía al margen del grupo— ¿Cómo era...? ¿Joseff?

Decir su nombre fue una clase de invocación, porque con la última *F* apareció en lo alto de las últimas escaleras, mirando hacia una luz que colgaba del techo del metro, con el pecho muy inflado, las manos en la cintura y su traje de Batman. Su capa negra ondeaba como una bandera en su espalda gracias a Dios sabe qué, y un halo de luz lo iluminaba desde la espalda como si él y el encargado de la electricidad de la estación se hubieran puesto de acuerdo para su destellante presentación.

La impresión creció en nuestra boca como una bocanada de asombro, entonces Josh, quien vestía un abrigo alargado como el de los detectives en los ochenta, se despojó de los trapos con los que andaba encima y sacó un tejido que colocó en su cabeza.

—Se lo tejió su abuela —comentó Megura, con una sonrisa despampanante tras verlo agachar la cabeza.

Cuando Josh alzó su cabeza hacia donde Jo estaba —todavía con su pose de superhéroe—, enseñó que el tejido era una clase de máscara. Era Bane, uno de los villanos de Batman.

—¿No se suponía que solo uno de nosotros iba a llamar la atención del guardia?

—Dos son mejor que uno, ¿no? —me respondió Megura y se encogió de hombros.

Supuse que sí, lo era. Si de llamar la atención se trataba, Jo era el experto en el tema, sobre todo con la magnífica presentación de película que había demostrado el día que nos conocimos. Lo siguiente constaba en llamar la atención de las personas y los guardias, cosa que tendría un grado de dificultad si los guardias decidían darles una patada en el trasero y correrlos de *Price of Valor*.

Joseff bajó las escaleras. Debajo de su antifaz, la mirada desafiante se intensificó al ver a su villano en el grupo y (el malhechor) Bane le regresó la mirada de odio. Parecía que en el enorme sitio solo existiesen ambos personajes ficticios listos para comenzar una batalla que definiría todo.

—Bane —habló mi compañero de asiento.

—Batman —respondió el villano, acomodando la máscara en su rostro—. ¿O debería decir Joseff Wayne?

El choque eléctrico entre ambos era ridículamente intrigante. Pero viéndolo desde un punto de vista más lejano, la situación era muy penosa. Supongo que Felix tenía esa visión, pues cada vez se alejaba más de nosotros para no impregnarse del ambiente anómalo que nos envolvía.

—Creí haberte matado —recriminó el enmascarado.

—¡Te dije que no podía morir! —Una risa maléfica inundó la estación, Josh había sido su dramático causante.

Las miradas de muchos se posaron en nuestra dirección. Me fui alejando con lentitud sin quitarles los ojos de encima y terminé chocando de espalda contra el Poste con Patas, quien me sostuvo por los hombros.

—Ten cuidado, Michael Jackson —me dijo al soltarme y comenzó a caminar.

—¿A dónde vas?

—A decirle al guardia que unos locos están peleando en la estación, así los chicos que se fueron podrán abrir la puerta sin problemas.

Con tal espectáculo montado, ni me acordé.

Llegué a su lado hasta que me enfrenté a las enormes escaleras. Antes existían escaleras mecánicas, pero la tasa de obesidad llevó a cambiarlas por escaleras normales. Las personas con alguna discapacidad podían subir por ascensores, lo mismo pasaba con personas que cargaban muchas cosas. Escalón tras escalón, llegamos junto a la bendita puerta; Loo y Sam estaban de pie junto a esta, apoyados en la pared charlando sobre no sé qué. Ante la puerta, el guardia de seguridad miraba de lado a lado por si presenciaba algo sospechoso.

Pretendía decirle al guardia sobre Jo y Josh, Felix se adelantó, lo que agradecí dado mi problema con las mentiras. No alcancé a escuchar qué le dijo cuando el guardia salió cuesta abajo.

Loo y Sam no esperaron indicaciones, ni nosotros tampoco. La temible rubia se acercó a la puerta y giró la manilla.

—¡Mierda...! —exclamó—Está cerrada.

Sam palideció.

—¿Có-có-cómo que está cerrada? —le preguntó.

—Que no abre, niño rico —respondió ella con obviedad, negando con la cabeza. Metió la mano en sus bolsillos y sacó un clip que desdobló sin problemas, luego nos dio un vistazo a Felix y a mí—. Ustedes dos, cúbranme.

Asentí sin reprochar lo que por deducción concluí que haría. Sam y Felix se colocaron a cada lado de la rubia, y me coloqué tras ella, esperando que por arte de magia (y con la súper ayuda del alambre) la puerta se abriera.

Pasaron aproximadamente dieciocho personas cuando la puerta hizo crac y terminó abriéndose.

—¡Eres asombrosa, Loo! —exclamó Sam con los ojos brillantes como si ante sus ojos estuviera un ángel. Sin embargo, no tardó en agachar la cabeza y enrojecer hasta las orejas—. Lo siento —dijo en voz baja.

Su compañera chasqueó la lengua. Miré a Felix, quien, para mi sorpresa, también miraba a la temible Loo. Era una mirada seria y algo misteriosa. De no ser porque mi don por mirarlo sin disimulo lo alarmó, quizás habría continuado mirándola.

Ladeé la cabeza, interrogante.

¿Acaso a Felix le interesaba Loo? ¿Qué pasaba por su cabeza al mirarla?

Me encontré mordiendo mi labio inferior ante la duda. Sacudí mi cabeza y subí los escalones restantes para interceptar al sujeto que seguía a Caroline. El Poste no tardó en llegar arriba también, apoyó su espalda en la pared frente a mí y se cruzó de brazos. Yo no podía dejar de mirarlo, como si de esa forma desenmarañara sus pensamientos y él tampoco pretendió hacerlo. Era una lucha interna de miradas. O así lo sentí yo.

El momento en que Caroline cruzó enfrente, despegué mi mirada de Felix y la posé sobre el sujeto que la seguía: estaba unos escalones más abajo, con una chaqueta impermeable roja, los dientes de ardilla y la espalda encorvada. Parecía muy contrariado con las personas que pasaban y lo estuvo más cuando el imponente Poste se colocó delante.

Antes de poder reclamarnos o decir siquiera «permiso», Loo lo agarró del abrigo y lo metió a la sala de electricidad. En unos diez segundos, estábamos encerrados. Loo protegía la puerta, Sam hablaba con Megura por teléfono, Felix estaba cruzado de brazos y yo me mecía de lado a lado con nerviosismo.

—Si por foto eres horrible, en persona eres peor.

La expresión de Loo podría describirse con una palabra: devastadora. Quería despedazar al sujeto como fuese. Lo miraba asqueada, como si el tipo fuera el peor adefesio creado sobre la tierra. Tenía las cejas muy arrugadas, al igual que su frente, las manos sobre la cintura y su semblante de querer golpear a quien fuese.

—¿Quié... quié... quiénes son? —preguntó el sujeto, pálido como la hoja de un papel.

—Soy el policía malo, jorobado —le respondió Loo— y con unas enormes ganas de que conozcas a mis amigas. —Besó sus puños y le dio una siniestra

sonrisa ladina al sujeto. Todo muy teatral.

Unos golpes apresurados hicieron que la rubia se girara y abriera la puerta. Megura no tardó en entrar al cuarto en compañía de Caroline y esta última no escatimó en poner una expresión de horror al tener a su «acosador» más cerca que antes. El sujeto encorvado tampoco omitió hacerlo; de hecho, comenzó a lucir más desesperado que antes.

—Vaya... —Megura no podía formular una oración; comenzó a caminar alrededor del sujeto, examinándolo.

—¿Dónde están Jo y Josh? —le pregunté. Me hice la idea de verla entrar en compañía de los chicos. Al no verlos, en mi cabeza se formó la imagen de dónde podrían estar los dos: en la oficina de los guardias recibiendo la golpiza de sus vidas.

—Se quedaron discutiendo afuera; resulta que el guardia es un fanático más del Universo DC —respondió, deteniéndose frente al sujeto, quien estaba más encorvado que antes—. ¿Cómo te llamas?

—So... so... —siseó—. Soy Nickolai —respondió. Megura asintió y luego señaló a Caroline.

—¿La conoces? —Nickolai miró a Caroline un instante, y terminó agachando la cabeza y encogiéndose de hombros como si así lograra ocultarse de ella. Asintió en respuesta—. ¿Puedes decirnos por qué la sigues?

La voz de Megura no era cortante o acusadora, sino muy apacible y relajada. Comprendí por qué se había ofrecido a interrogarlo; si el sujeto se sentía amenazado, no respondería o actuaría bien y el plan habría sido un fiasco.

—Yo... —comenzó a hablar Nickolai, pero le faltaron ánimos para terminar su frase; ninguno de los presentes pudo escucharlo.

—Contesta, alto y firme —le ordenó con impaciencia Loo desde la puerta—. Confiesa que eres un acosador y punto.

—¡N-no! —replicó Nickolai, levantando la cabeza. Una interrogante surgió en mi cabeza al notar que le costaba decir las consonantes—. No soy un... un acosador. —Además, tartamudeaba mucho.

Para probarlo, metió una mano en el bolsillo de su abrigo y, lentamente, sacó una fotografía que extendió hacia Caroline. Ella frunció el ceño y terminó recibéndola. Ya en sus manos, guardó silencio sin apartar sus ojos de la fotografía.

—¿Qué es? —curioseó Loo, acercándose a la chica. Ella permaneció quieta, observando la fotografía con una sonrisa fracturada.

—Es la última fotografía que me tomé con papá... —respondió en tono bajo, quebrantándose.

Mi pecho se infló y terminé despegando mis labios de la impresión.

—L-la en... la encontré en el metro —tartamudeó Nickolai, acariciando uno de sus brazos— y... pensaba en devolverla, pe-pero... no me atrevía a hablar... hablarte — continuó con dificultad—. In... intenté hacerlo mu-muchas veces.

Si... siento si t-te causé problemas.

Megura miraba a Nickolai como si fuera un oso de peluche que pretendía abrazar y Caroline no se quedaba atrás.

—No, no... —Sacudió sus manos la última—. Yo soy la que debe sentirlo —le dijo—. Malinterpreté todo; lo siento mucho. —Abrazó la fotografía y cerró los ojos con fuerza—. Creí que la había perdido para siempre. Muchas gracias... —le sonrió. Nickolai también intentó hacerlo, pero fue un completo desastre—. A todos, gracias.

Había salido mejor de lo esperado; no solo porque la apuesta había ganado, sino porque Joseff y Josh llegaron con dinero que recaudaron haciendo un improvisado espectáculo en la estación. Resultó que su discusión llamó la atención de las personas. Después de hacer las paces, todos los aplaudieron (incluido el guardia) y compensaron su rutina improvisada con el dinero. Los dos llegaron corriendo con su recompensa sonriendo de oreja a oreja.

Sus sonrisas ni siquiera se apagaron de camino a Jackson. Megura iba de la mano con Josh y hablaba animosamente con Caroline; detrás la seguían Sam y Loo, y a unos cuatro pasos de ellos, estábamos Joseff sin su traje —quien, para nuestra suerte, llevaba ropa para cambiarse en los baños del metro—, Felix con las manos dentro de sus bolsillos y los audífonos en sus orejas, y yo.

—Así da gusto empezar el día —empezó a decir Joseff—: Vestido de Batman, haciendo un espectáculo improvisado, ganando dinero y descubriendo que no todos tienen malas intenciones.

Asentí dándole la razón.

—Ahora podemos confirmar que el Poste con Patas sí se equivocó. Fuiste testigo de nuestra apuesta, ¿eh?

—Sí, sí. Ambos decidieron apostar y sellaron eso con un apretón de manos. —Se acercó confidente mirando a Felix un momento—. ¿Crees que ya digirió su derrota?

Ladeé mi cabeza en busca del Poste, luego volví a mirar a Joseff. Fruncí el ceño y negué con la cabeza.

—Creo que haber perdido le dio justo en el orgullo. Solo míralo... no luce para nada *felix*.

Joseff se echó a reír.

Repito: Joseff se echó a reír. Fue la única persona que se rio de mi nefasto chiste con el nombre de Felix. Y eso no fue todo, mi compañero de asiento tuvo la brillante idea de seguirme el juego.

—Oye —lo llamó. Felix se sacó uno de los audífonos y nos miró—, ¿no vas a *felicitar* a Floyd por haber ganado la apuesta?

El Poste se limitó a blanquear los ojos y volver la vista al frente colocándose el audífono y advirtió con la voz alzada:

—Mejor será que se apresure o la apuesta ya no correrá.

Chisté con incredulidad y desdén. No pensé que mi petición a cambio de haber ganado tuviera un límite.

—¡Qué bribón! —lo acusé.

—Ahora que lo pienso —intervino Jo, antes de continuar insultando a Felix— tiene nombre de gato.

Papá, con su afán de apodar a las personas como animales, decía ser un gato y, teniendo presente esto con el comentario de Jo, llegué a la conclusión de que la personalidad de Felix me recordaba a la de papá.

Comenzaba a entender por qué lucían tan cercanos.

Pedirle ayuda al gallinero sobre cualquier cosa era una sentencia de muerte. Realmente lo era, pero necesitaba ideas para compensar mi victoria mañanera. No sabía si lo de apresurarme era una broma y no iba a perder tiempo pensando sobre ello, tal vez el inexpresivo Poste lo decía de verdad. De ser así, de nada me habría servido la victoria, quitando la satisfacción inmensa de haberle ganado, claro. Por eso, cuando salimos al primer recreo del mismo día de la Operación *Incepción* y en la misma banca de siempre, decidí preguntarle al gallinero qué le pedirían a una persona si llegaban a ganarle una apuesta.

—Lo haría mi esclavo —respondió Nora—. Que me haga todos los deberes, que haga el aseo en casa... ya sabes, que sea una clase de sirviente por un tiempo.

—Nada mal, ¿eh? —habló Fabi, asintiendo pensativa—. Yo le pediría que por un mes me invitara a comer lo que se me antoje. Papas fritas, *pizza*, tacos... —Pasó su lengua por sus labios como saboreando cada una de las comidas que había dicho. Al instante, mi tripa gruñó.

Eli alzó la mano con nerviosismo y con una sonrisa enorme dijo:

—Yo le pediría que se infiltrara en la sala de profesores y sacara las respuestas de los exámenes. Todos los exámenes —aclaró—. Así, nunca más tendría que estudiar.

Asentí viéndome tentada a hacerlo. Vamos, no estudiar para los exámenes y sacar el mejor promedio sonaba muy tentador, pero dudaba de que Felix pudiera hacer tal cosa. Parecía más el tipo de chico recto y que nunca haría trampa.

Las cuatro miramos en silencio a Sherlyn, esperando su respuesta.

—Si esa persona fuese alguien lleno de misterios o alguien por quien me intereso, le pediría que responda a mis preguntas, sean cuales sean, sin poder negarse durante cierto tiempo. Es una buena forma de conocer a alguien que rechaza la idea de ser conocido. —Fue como si una pelota me golpeará la cabeza. Eso parecía una mejor idea, sin duda; si el Poste llegaba a acceder, podría resolver todos los interrogantes que mi cabeza y yo teníamos sobre él—. Por cierto, Hurón —agregó, apartó sus ojos del celular de una manera lenta y me miró—, creo que tu alocado compañero de piso se sintió mal. Está en la enfermería.

Mi corazón dio un vuelco. Me levanté de la banca sin pensarlo dos veces y

emprendí camino hacia la enfermería.

regalo

Si tuviera que elegir entre la enfermería en mi colegio de Los Ángeles y la de Jackson, respondería que prefiero la última. Tengo malos recuerdos de la primera, sobre todo cuando por culpa de esos proyectos sobre la salud de los niños provocaban que todos (o la mayoría) saliésemos chillando y acariciando nuestros brazos con los ojos rojos al soportar el dolor de las vacunas. Además, el olor a hospital me resultaba fatal. Jackson no se quedaba atrás en cuanto al olor tan característico de los utensilios médicos, tampoco en la decoración. Ambas enfermerías eran similares; paredes blancas, camillas cubiertas por sábanas del mismo color de las paredes, biombos que las separaban, una enfermera que no lo parecía, botiquines de color verde que colgaban en la pared y, por supuesto, el recuerdo a hospital.

Recordar la enfermería de Los Ángeles fue lo primero que hice al poner un pie dentro. La misma sensación inquieta que bailaba en mi estómago fue la que sentí cuando golpeé la puerta y la enfermera me hizo entrar. Había estado antes en la enfermería de Jackson, una vez que me torcí el tobillo al bajar las escaleras. Pero la incertidumbre no estuvo presente en ese momento (esa sensación tan peculiar como la que tienes cuando te van a vacunar), yo la sentí al preguntarme qué había sucedido con Felix.

Saludé a la enfermera Poff y preguntar fue lo siguiente que hice estando una vez adentro.

—¿Eres una compañera? —interrogó la enfermera mientras escribía no sé qué sentada junto al escritorio—. Dijo que no se sentía muy bien y me preguntó si le permitía descansar durante el resto del recreo.

—Y... ¿cómo lucía?

Agudicé mi vista e intenté ver qué escribía la enfermera sobre la hoja. Era una especie de expediente; solo logré divisar «Frederick» de la espantosa caligrafía de la señora Poff. Volví a incorporarme al ver que giraba su cabeza en mi dirección y dejaba de escribir.

—Cansado, pero está bien. Lo obligué a hacer un chequeo en cuanto... —miró de reojo el expediente— en cuanto llegó. Está en la última camilla, por si quieres verlo.

Asentí sin más y caminé hasta dar con el último biombo que ocultaba una cama de sábanas más oscuras que las demás con un cubrecama rojo, sobre el cual estaba Felix con sus ojos cerrados y los audífonos en los oídos. Parecía que se había dormido mirando el techo agrietado de la enfermería; una mano la

tenía sobre su vientre y la otra descansaba sobre la cama. Lo examiné un par de segundos más y decidí agacharme a su lado envidiando su perfecto perfil. Estaba pálido, pero eso era muy común en él.

—Poste —lo llamé en voz baja para cerciorarme de si realmente dormía o fingía hacerlo. Volví a llamar; esta vez para saber si me escuchaba.

—Poste con Patas.

Todo indicaba que no.

—Te gané —comencé a canturrear—. Me debes una apuesta y no te salvarás.

Mi desafinado cántico no era muy alto como para que descubriera que estaba a su lado, como un león que acecha a su presa. Sin embargo, cuando la pegajosa tonada comenzaba a inundarme el espíritu del baile, vi pasar mis diecisiete años de vida en un segundo. El Poste se giró hacia mí hasta quedar de frente. Dejé de respirar y me inmovilicé cual estatua en el parque de la ciudad. Para mi fortuna continuaba durmiendo, hasta se veía tierno. Sus pestañas eran más largas desde mi perspectiva. Podía ver la contrastante cicatriz del rasguño que había desencadenado su hilarante miedo por los gatos. También aprecié las pecas sobre su nariz y bajo los ojos. Canalicé mi respiración para que no saliera igual de agitada, como los apresurados latidos de mi corazón, y en el proceso bajé de sus mejillas hacia sus rojos labios. Lucían tan naturalmente colorados que eran envidiables; yo usaba pintalabios para que tuvieran un color rosado.

De forma inconsciente tragué saliva, lo que bastó para que cerrara mis ojos y sacudiera mi cabeza. Estaba siendo hipnotizada, por lo que decidí volver a mis sentidos y hacer lo que cualquier persona como yo haría: Puse mi peor expresión y lo desperté.

Arrugando sus cejas, Felix abrió sus ojos de manera lenta y pestañeó como si no comprendiera la clase de horror que se presentaba ante él. Me quedé viendo sin decir nada, ni siquiera sus típicas frases despreciando mi humor barato.

—¿No te asusta? —le pregunté deformando aún más mi cara.

Quitó uno de sus audífonos y se sentó sobre la camilla; permanecí agachada alzando la cabeza para mirarlo.

—¿Qué decías? —preguntó. Volví a deformar mi rostro cual máscara de terror.

—Si te asusta.

Mis palabras fueron como si lo descolocaran, trazó una pequeña y casi invisible sonrisa, entonces respondió:

—No estás muy diferente que de costumbre.

—Oh, vamos... —exclamé y me puse de pie—, sé que dentro de tu oscuro y frío corazón te agrado.

—Lo harías si no me fastidiaras todo el tiempo. —Fingí secar una lágrima rebelde del rabillo de mi ojo para luego estirarme al sentir el peso de haber

estado agachada durante tanto tiempo—. ¿Qué haces aquí?

—Mi informante secreta me dijo que estabas en la enfermería y... —Bajé la cabeza y comencé a jugar con mis dedos—. Me preocupé.

—Tu preocupación sirvió para arruinar los pocos minutos de sueño que me quedaban, así que... gracias.

Sarcasmo, típico en él. Como odiaba su estúpido y agudo sarcasmo, lo hacía tan natural que no sabía si debía ofenderme o no darle importancia.

—De nada —farfullé optando por la segunda opción. Mi orgullo se estaba fracturando y me pedía a gritos que le respondiera. Apreté mis puños y conté hasta diez.

«Floyd: A noventa por ciento de explotar».

Al volver con el gallinero tuve que dar una detallada explicación sobre mi actitud al salir corriendo hacia la enfermería en cuanto Sherlyn me informó lo de Felix. Sabía que contarle al cuarteto dinámico sobre la enfermedad no le agradaría al Poste cuando se enterase, pero mis amigas lo iban a saber tarde o temprano.

Antes de hacerlo, decidimos saltarnos la clase de Música y escondernos detrás de las gradas, donde en la clase anterior habíamos estado charlando sobre un *reality show* nuevo en la TV. Compramos algunos suministros en la cafetería y con sonrisas traviesas nos sentamos dejando en el centro las cosas que habíamos comprado. Ya bien instaladas, les hice prometer que lo que contaría sería un secreto que no podrían decirle a nadie y si íbamos a hablar sobre ello, tendría que ser únicamente cuando nadie estuviese cerca. Eli me dio la razón diciendo que hoy en día ni siquiera se podía hablar por celular, siempre alguien espiaba las conversaciones; por eso las cosas de importancia se debían hablar en persona. Después de la promesa les conté qué aquejaba al inexpresivo Felix.

Hice lo mejor que pude, pero hasta a mí me era una completa confusión la enfermedad.

Fabi dejó de lado el vaso leche que estaba tomando y metió su mano dentro del paquete con papas fritas.

—Ahora entiendo por qué se lo ve tan serio y... tranquilo —comentó muy formal, llevando una papa a su boca.

—Exacto —habló su hermana, Nora—. Nunca mueve un dedo.

—A eso lo llamo flojera —objeté—. Nos estamos desviando del tema.

—Me refiero a que no hace ejercicio, cariño —señaló la gemela para luego soltar un bufido—. Me siento mal por él. ¿Tiene tratamiento o cura?

—Algo así.

Sherlyn con sus dedos veloces buscó la enfermedad en Internet y leyó información sobre el tema con sus ojos bien puestos sobre la pantalla de su mejor amigo: su celular.

Asentí dándole la razón.

—Ahora sabemos por qué el profesor Manz no lo llama a correr o hacer ejercicio —dijo Eli, con su mano en la barbilla y achicando sus ojos al ver, entre los escalones, al viejo Manz, profesor de Gimnasia, acercarse a la cancha junto con los estudiantes de tercero—. Todos los profesores deben saberlo.

—Supongo que sí, ellos deben estar advertidos de esas cosas en caso de cualquier emergencia.

Examiné una vez más a los chicos de tercero. Megura charlaba con algunas de sus compañeras mientras su novio iba charlando con Sam. Al final del grupo, Loo caminaba ceñuda a través del campo con sus manos metidas en los bolsillos.

El gallinero y yo tuvimos que bajar la voz para continuar charlando sin que los de tercero nos vieran o correríamos el riesgo de que Manz nos pillara saltándonos las clases. Antes de pasar la hora curioseando sobre los miembros del Club de Voluntarios, volví a recalcarle al cuarteto que no dijera ninguna palabra sobre Felix. A nadie. Gruñendo por mi insistencia, las cuatro respondieron que serían una tumba. El tema sobre el nuevo *reality show* resurgió y descubrimos que espiar a los de tercero no era tan mala idea.

Loo estaba sentada unos escalones más arriba que Sam y aunque no logró ver bien qué hacía, sí pude apreciar lo que efectuaba su tímido compañero.

Sam estaba entretenido leyendo un cómic sobre un superhéroe que nunca había visto en mi vida; la portada tenía la típica tipografía gruesa y rara (con un anaranjado muy llamativo), el fondo era una ciudad a la que le salían destellos rojos y amarillos con muchos signos de exclamación y rayas, en el centro de la portada un hombre musculoso con traje muy similar al de Superman posaba con una mano al aire y el pecho muy inflado. Estaba fascinado leyendo la historieta y en ocasiones repetía en voz alta los diálogos. Después de unos minutos, Loo bajó de las gradas y le arrebató el cómic de las manos, mofándose de él.

Fue en ese instante cuando mi celular vibró dentro del bolsillo de mi abrigo. Era un mensaje del abuelo, el padre de papá.

«Pasaré a recogerte después de clases», leí.

El abuelo McFly era un empresario de renombre que vivía todo el tiempo fuera de la ciudad. No lo conocí hasta que cumplí cuatro años; lo veía una vez cada tres meses. Describirlo... es complicado, pues cabe en el catálogo de esos sujetos que viven ocupados, hablando por teléfono desde su oficina y que les gusta tener todo bajo control. Oficio y disciplina eran sus palabras favoritas. Nunca supe muy bien qué hacía, pero quería tener a papá trabajando con él. Que papá fuera un escritor de renombre no le agradaba; mucho menos le simpatizó que se casara con una fotógrafa.

Era curioso, parecía que a la mayoría les escandalizaba cuando alguien se quería dedicar a algo que no tuviera que ver con números o Medicina.

A pesar de que parecía ser el tipo de hombre serio y estricto, nunca lo fue conmigo; supongo que le agradaba tener a una nieta inquieta que le

preguntaba hasta el porqué del color de su corbata. Además, descubrí que no era el viejo cascarrabias y con mala actitud que papá decía. Siempre que lo veía esbozaba una enorme sonrisa y extendía sus brazos para que lo recibiera con caluroso abrazo. Claro, con lo diminuta que era a su lado apenas podía rodearlo, pero él me apretujaba con mucho sentimiento. Siempre me contaba anécdotas divertidas y acababa sentada en su regazo tomando helado y viendo fotos de su difunta mujer, es decir, mi abuela. Papá siempre nos miraba ceñudo, mas no decía nada; siempre creí que le preocupaba que su inflexible padre perdiese los estribos con mis insaciables preguntas.

Nunca fue así.

Ya de adolescente, la situación con el abuelo cambió un poco. Ya no podía sentarme en su regazo, pero nuestra buena relación estaba intacta; además, de vez en cuando, hablábamos por celular para ponernos al día.

Quería pensar que el trato iracundo que tenía hacia papá y tía Ashley se debía al estrés del trabajo, y a la pérdida de la abuela, la cual parecía no poder superar jamás.

Me preguntaba cómo sería la vida si ella nunca se hubiese ido.

Al sonar el timbre para volver a nuestras casas, el gallinero y yo nos dividíamos los quehaceres del nuevo trabajo del electivo de Química. Salimos de Jackson y bajamos las escaleras de la entrada principal; todos parecían sumamente animados ese miércoles. Del otro lado de la calle un Mercedes Benz negro estaba aparcado junto a la acera, tenía una de sus ventanillas bajadas y de ella se asomaba un hombre de cabello cano, muy pálido, con los ojos grisáceos y bien uniformado.

Era el abuelo.

—Me dicen qué debo hacer yo, chicas. —Me despedí del cuarteto dinámico agitando mi mano mientras procuraba no caer al bajar las escaleras—. ¡No me dejen el trabajo difícil! —les grité una vez abajo.

Se echaron a reír con malicia, cuestión que me hizo querer retroceder el tiempo y omitir lo último que había dicho. Después de mucho tiempo con ellas, todavía no aprendía que darle sugerencias al gallinero era una pésima idea, pues siempre resultaban mal para mí.

Crucé la calle ensanchando aún más la sonrisa que tenía al ver al abuelo. Él abrió la puerta del coche y se hizo a un lado para que pudiese entrar. Una vez que cerré la puerta y el chofer accionó el seguro, le di un abrazo al abuelo, que no tardó en responder.

—Mira qué grande estás —me dijo al separarnos; acarició mi mejilla y agregó—. Cada día te pareces más a tu abuela.

—Gracias, *abu*. ¿Cuándo llegaste a la ciudad?

El abuelo le hizo una seña al chofer y este encendió el auto.

—A la mañana —respondió luego de un suspiro—. Solo estoy de paso.

—¿Mucho trabajo? —Lo miré un instante; lucía cansado, con sus ojos muy apagados.

—Mucho. ¿Cómo estás? ¿Qué tal va el colegio?

Yo también resoplé y apoyé de lleno la espalda en el asiento. Al parecer, mi gesto exasperado le causaba gracia, pues hizo un sonido muy similar al que alguien hacía cuando pretendía carcajearse.

—Bien, todo bien. Pasa lo de siempre, tareas, problemas amorosos y... —Me detuve antes de hablar del Poste—. Bueno, lo que pasa en la adolescencia. Lo típico.

—Tu padre mencionó que tienen nuevos... huéspedes.

—Sí, se están quedando por un tiempo. —Carraspeé y me entretuve viendo por la ventana—. ¿Vamos donde siempre?

Nos bajamos frente al restaurante Vaccarotti. El abuelo siempre fue aficionado a la comida italiana y le encantaba pronunciar lo del menú detrás de la cartilla. Creo que no sabía que lo que decía en voz baja siempre era en un tono audible. Verle ese lado ingenuo era muy tierno viniendo de un hombre que imponía respeto solo con presentarse.

El anciano recepcionista saludó al abuelo apenas entramos y, como si fuésemos clientes habituales, nos llevó a una mesa que daba al patio del restaurante. Ambos pedimos pasta y en unos minutos de espera, el plato era servido en la mesa.

—¿Has pensado qué harás? —me preguntó el abuelo mientras el camarero llenaba su copa con vino tinto, junto al plato recién servido.

—¿Con qué?

—Tu futuro, lo que piensas estudiar.

Odiaba que ese tema saliera a la luz.

—No sé, no me gusta hablar de eso.

—Es tu último año, Floyd —objetó con tono serio y profundo.

Lo miré un momento deteniéndome en sus ojos. Era la misma mirada que me daba papá cuando decía alguna mala palabra en la mesa. Después de todo, en el físico no eran muy diferentes.

—Lo sé. —Fruñí el ceño—. Pero no me decido. Digamos que estoy en el dilema que todo estudiante (o la mayoría) pasa alguna vez.

Sonrió agitando con delicadeza la copa con vino y observando su color.

—Yo necesito que alguien buena con los números ayude en mi empresa. —Alzó una ceja, mirándome sugerente.

—Ay, *abu*. —Me eché a reír y descubrí, por un sutil gesto por parte del abuelo, que cubría mi boca—. Definitivamente, quieres hacer un imperio familiar con tu empresa.

—Busco dejar mi legado y qué mejor que hacerlo con la familia —se defendió—. Solo piénsalo.

Negué con la cabeza aplanando mis labios para no volver a sonreír. Enrollé los fideos en el tenedor y me los eché a la boca. Luego de tragar con dificultad, volví a hablar:

—Has insistido mucho en el tema —le dije, tomando mi vaso con jugo natural de durazno—; primero con papá, luego tía Ashley y ahora conmigo.

—Ese es mi lema: nunca renuncies. —Me guiñó un ojo y le dio un sorbo a la copa. Parecía que el sabor del vino estaba más amargo que de costumbre, porque juntó los labios e hizo un gesto bien parecido al que hace un bebé cuando le dan a probar limón. Omití la carcajada—. Por cierto —añadió—, tengo algunos obsequios que no pude darles en Navidad.

—Eso pasó hace más de un mes.

—Soy un hombre ocupado. Están en el auto; cuando te lleve de regreso a casa, te los entrego.

Después de despedirme del abuelo, entré a casa y fui recibida por Cutro. Chillé mi tan conocido «ya llegué» y fue tía Michi quien me recibió. Me ayudó a llevar el regalo que el abuelo había comprado para mamá. Ya en la sala, cogí los regalos de mamá y papá para dejarlos en su habitación, sobre la cama.

Llevaba el mío hacia mi cuarto cuando mi celular vibró. Era una nueva actualización de Synapses.

Alcé una ceja y miré desde el largo pasillo hacia la habitación de Felix, que estaba con la puerta entreabierta, y un halo de luz desde el interior contrastaba con la del pasillo. Entré a mi habitación, me senté al pie de la cama y abrí el regalo de Navidad del abuelo.

Era un diario de vida, uno muy particular. Tenía aspecto antiguo, parecía usado. Estaba envuelto en un paño rosado de seda. Cuando lo quité, descubrí que era el diario de la abuela. Mi corazón dio un vuelco y no hice más que atesorarlo con fuerza entre mis brazos.

Fue en ese momento que otra vez vibró mi celular; esta vez era una notificación que rezaba: «Synapses dedicó *En las fauces del lobo* – Somos tú y yo contra el mundo a neurona-anónima».

Salté del suelo y me puse de pie. Apresuradamente entré al cuarto de Felix y lo encontré recostado sobre su cama, con el celular en sus manos.

synapses

—¡Todo este tiempo fuiste tú!

La mirada de Felix se apartó de la pantalla del celular para clavarse en mí. Caminé hasta la cama y me detuve cuando mis rodillas chocaron con ella. El Poste, tan serio como de costumbre, alzó una ceja, me observó y volvió al celular.

—¿De qué hablas?

—¡De que eres Synapses! Que me mentiste antes.

—No soy Synapses.

Negó, otra vez. Lo hizo de forma pausada como si controlara su colérico estado para que no saliera a la luz. Me abalancé sobre la cama para quitarle el celular. Quizás era una acción muy impulsiva para alguien que solía mostrarse tan calmada como yo, pero debía hacerlo, era la única forma de comprobar que no mentía. Sin embargo, apenas mi pecho se arrastró sobre la cama, mi cabeza dio de frente con la almohada. Cual felino (probablemente haciendo honor a su gatuno nombre), Felix se levantó antes de poder tocarle siquiera un dedo.

—Estás demente —dijo en un tono displicente.

Alcé mi cabeza para mirarlo entre mi alborotado cabello y volví a abalanzarme en busca del celular. Un ágil Felix volvió a moverse. Comenzaba a ser una práctica muy bizarra: él era el torero y yo, el toro.

Di con la silla junto al escritorio y, antes de estrellarme, logré aferrarme al respaldo. En el momento me giré hacia el Poste, quien retrataba una sonrisa ladina mientras movía su celular a un costado, jactándose de mis inútiles intentos por obtenerlo. No sé si me ofendí porque se mofaba de mis penosos ensayos o porque lo hacía de mi aspecto de loca. No le di mucha importancia y traté nuevamente. Con mucha habilidad se hizo a un lado y fue entonces que me lancé a la vida en busca del bendito celular.

«La tercera es la vencida», eso es lo que todo el mundo dice y, para mi fortuna, funcionó. El celular estaba en mi diestra, la cual empuñaba con fuerza.

Pero la situación no podía ser tan simple. Claro que no, pues un impulso tan atolondrado y torpe tuvo su consecuencia.

Apenas descubrí que el celular estaba en mi mano, sonreí evitando un gran y victorioso «ja» en contra de mi contrincante. En ese instante, ese minúsculo momento en que mi respiración se contrajo y respiré hondo, caí en la penosa realidad. Mi pecho chocó con el de Felix. Mis piernas estaban a su costado, acorralándolo. Estaba encima de él, los roles se habían invertido y todo indicaba que jugaba a montar al toro mecánico. Sentí el olor a champú —el mismo que debíamos compartir— que se mezclaba con un extraño, pero muy agradable aroma. Apoyé mi otra mano sobre la cama para levantarme un poco y verlo.

Mala idea.

Eso no hizo más que revolucionar mi sistema motor y las funciones de mi cerebro; no podía apartarme o formar palabra alguna. Debió ser por el encuentro tan íntimo que se dio en esa centésima de segundo o tal vez, para mi enorme sorpresa, porque el inexpresivo chico estaba sonrojado.

Quise que me tragara la tierra, o bien, que un extraterrestre de los que tanto hablaba Eli apareciera y me hiciera polvo con su láser.

Pensé en lo más razonable.

De algo me servía Cutro, y es que ver al minino y espantarlo de vez en cuando me hizo adoptar su habilidad para dar saltos inspirados gracias al susto del momento. Eso mismo hice yo. Cabe decir que, a esas alturas, ver a Felix sonrojado hizo que yo también lo hiciera; ambos seríamos los próximos

tomates parlantes. Digno de una película.

—Lo s-siento —baluceé, encogiéndome como una flor que se marchita con lentitud.

El hijo de los Frederick blanqueó los ojos como respuesta y se sentó en la cama. Rápido volví en mí y giré la cabeza hacia el celular, mas este terminó en el alfombrado piso de lo inquieta que estaba. Felix lo recogió. De pie, junto a mí, colocó el celular en su espalda y permaneció recto.

—No soy Synapses —repitió más calmado y sin ese dejo pedante.

—¿Entonces cómo sabe de mi existencia? No fue hasta ahora que me dedicó un capítulo en tanto todo el tiempo en que lo seguí nunca pareció notar mis comentarios... ¡Ni siquiera los respondía!

Terminé mi argumento dando un exasperado bufido. Felix hizo una mueca, tecleó algo en la pantalla del celular y me enseñó una conversación por mensajes de la página. Ni siquiera me interesé en los mensajes anteriores; mis ojos y mi cerebro lo único que captaron fueron las penúltimas palabras enviadas.

Felix

¿Podrías dedicarle un capítulo a una persona? Su usuario es neurona-anonima.

Sin

Okey. ¡Pero tú me tendrás que dedicar uno también!

Bloqueó la pantalla antes de poder leer más y tiró el celular a la cama.

—Solo influí en tu dedicatoria, pequeño Hurón.

Mi reacción tardía me permitió sobresaltarme y chillar del gozo en ese instante. Synapses me había dedicado un capítulo después de mucho tiempo acechándolo en la página y siguiendo todo lo que escribía. De la pura emoción me abalancé sobre Felix, esta vez para apretujarlo como a uno de mis peluches.

—Gracias, gracias, ¡gracias!

Lo miré con una sonrisa que iba de una oreja a la otra, contraria a la expresión que llevaba el Poste. Zafó uno de mis brazos y con su dedo índice, como si tocara algo pegajosamente asqueroso, tocó mi frente y presionó, lo que generó que todo mi cuerpo se apartara y, al final, lo soltara.

—Ahora que eres una persona consciente y sabes que no soy tu «ídolo» —hizo comillas—, ¿puedes dejarme leer la actualización? —preguntó. Me desinflé cual globo; por un instante había me había olvidado de la reacia personalidad de Felix—. En paz y soledad —añadió.

—No. —Mi cortante respuesta pareció sorprenderlo—. Tú y yo tenemos algo pendiente, ¿recuerdas? Me debes algo. Ni hagas tal de creer que te dejaré salir invicto de mi flamante victoria.

Masticó mis palabras.

—Te escucho.

¡Vaya yo creí que pondría más resistencia. Me comenzaba a agrandar ese Felix sumiso.

—Esto será algo así como un juego de preguntas; yo pregunto y tú respondes. Responderás con la verdad y a todo lo que te pregunte.

—Si quieres conocerme mejor, puedes hacerme un cuestionario escrito, McFly; no me molestaré.

Enrojecí.

—Es curiosidad —amonesté.

—Bien, señorita Curiosidad —imitó mi tono cantarín tan serio como una piedra. Se volvió a recostar en la cama y tomó su celular—. Pero antes una cosa: el número de preguntas será de dieciocho.

—¡¿Solo dieciocho?! —exclamé—. ¡De ser así mejor te pedía decirme las respuestas en los exámenes!

—Te quedan diecisiete.

Me mostré muy indignada. Debía suponer que Felix saldría con algo así para arruinar mis maliciosos planes que constaban en preguntas para conocer los oscuros secretos que el inexpresivo guardaba.

—No, no, no. Que sean veinte y la que hice por el asombro no cuenta.

El Poste gruñó en medio de lo que parecía ser un impaciente suspiro, luego asintió con lentitud con sus ojos cerrados para asimilar el mar de preguntas que pretendía hacerle. En contra de lo que probablemente pensaba, yo todavía no sabía qué preguntas le haría. Sabía que con veinte preguntas tenía que ponerme seria y sacar información confidencial de su parte.

—Primera pregunta: ¿Cuál es tu usuario de Wattpad?

—Mi usuario es *BrainStorm*, la o reemplázala por una x. Te quedan dieciséis.

Antes de recriminarle, la curiosidad se apoderó de mí y las ansias hicieron que regresara a mi habitación y tomara mi celular para buscar el usuario de Felix.

No tardé en encontrarlo; fue el primer usuario que apareció en las «opciones de búsqueda». Además, tenía una particular imagen caricaturesca de Edgar Allan Poe. Sin poner reparos, entré a su perfil y me encontré con una enorme sorpresa: Felix tenía más de doscientos mil seguidores. Mi asombro no se quedó allí. Es evidente que alguien de esa fama dentro de la comunidad naranja necesitaba tener una novela conocida y el Poste inexpresivo la tenía. Su novela se llamaba *Cómo enamorar a Emily*; tenía más de cincuenta y cuatro millones de lecturas, más de un millón de votos y comentarios, con lo que podría armar una casa.

No podía entenderlo, ni siquiera podía asimilar cómo un sujeto como él podía escribir sobre romance y tener tantas lecturas. ¡¿Cómo?! Era inconcebible. ¿Acaso había usado *hacks*? Debía ser eso, porque de otro modo no me cabía en la cabeza que ese ser alto, callado y que vivía bajo el mismo techo que yo pudiera escribir algo incluso más famoso que Synapses.

Inspiré hondo e intenté calmar mis pensamientos arrebatados y faltos de cordura. Entonces, como si se tratara de un delito garrafal, miré hacia los lados y seguí su cuenta. Minutos después, un mensaje de WhatsApp me llegó. Era

Felix, me había enviado un pantallazo con la notificación que decía: «neurona-anonima te siguió».

Realmente era él.

Yo

Voy a leer tu novela.

Felix

¡Oh, cielos! Neurona Anónima leerá mi historia. ¡Es todo un honor! Me siento halagado.

Allí estaba otra vez, el sarcasmo tan afilado.

Yo

¿Te estás burlando de mí? Ya perdiste a un lector, Chami. 🐞

Felix

Te quedan quince preguntas.

Sonreí de manera inconsciente. En realidad, él no iba a mostrarse ante mí como alguien «normal», porque su forma de humor era demasiado ingeniosa o eso pensé en ese instante. Antes de disponerme a trasnochar leyendo la novela de *BrainStxrm* (ya conocido como Felix «Poste con Patas» Frederick) decidí retomar la lectura del diario de la abuela.

La portada era de un género rosado y tenía pegada una planta marchita con cinta adhesiva blanca. En el interior, las hojas no eran blancas; sus bordes comenzaban a teñirse de un color marrón; estaban tiesas, junto con todo el diario en sí. Era difícil mantenerlo abierto y desprendía ese particular aroma a libro antiguo. La primera página tenía una fotografía pegada de la abuela cuando era una adolescente. La segunda hoja tenía escrita una dedicatoria.

Hola, nieta.

Es probable que creas que este diario debería pertenecerle a mi hija y no haberle pedido a Tim que se lo entregara a mi primera nieta. Puede sonar egoísta, pero mi hija, Ashley, ya me conoce y mientras tengo las fuerzas y no me falte la voz, le inculcaré todos los valores que pueda. Confío en que los practique en el futuro. Pero a ti no podré conocerte, por lo que decidí que este precioso diario de vida sea de tu pertenencia. Estoy enferma y moriré pronto, tendré que dejar a mis seres queridos y mi recuerdo permanecerá solo en la memoria de mis conocidos y en fotografías. Nunca podremos hablar, ni tener contacto, tampoco podré aconsejarte o cocinarte mi exquisita comida (sin sonar arrogante, eh). La realidad es dura.

Con este diario espero dejarte una pequeña enseñanza y, además, lograr que me conozcas. Quiero ser tu aliada, aunque no esté a tu lado.

Soy Jessica McFly, tu abuela

Mi corazón se estrujó. La función del diario no era solo que yo escribiera y

leyera situaciones que la abuela había atravesado; cada tanta página había un consejo o desafío que tomar. Nunca hablé con la abuela, tampoco escuché su voz, pero de manera inexplicable era como si la oyera a través del diario.

Al día siguiente (además de recibir la fatídica noticia de que mi parte del trabajo para el electivo de Química sería la peor), mamá me informó que la próxima semana sería el Día D. O algo así. Resulta que el ortodoncista consiguió apartar una hora para mí, lo que se resumía en Floyd McFly con *brackets*, encías inflamadas y dientes apretados.

Aún recuerdo a la perfección ese instante en que el dentista me miró y dijo que ya estaba todo listo. ¡Qué pesadilla!

—¿Por qué no vas a verte en el espejo? —me sugirió aquella vez la asistente del dentista con una sonrisa luego de quitarse la mascarilla.

Asentí a regañadientes caminando hacia el espejo de cuerpo entero a un costado de la habitación. Mi boca era plana, no quería abrirla siquiera. Pasé mi lengua sobre mis dientes, y descubrí los intervalos y el delgado fierro que iba de muela a muela.

—Ay, Dios... —musité viendo el fierro oscuro bajo mis labios.

Finalmente, frente al espejo, desplegué una sonrisa tan falsa como la de los protagonistas de comerciales de Coca-Cola. Allí estaban los frenillos del demonio que le decían adiós a la goma de mascar y hola a los múltiples cepillos dentales que se requerían para limpiar mis dientes enlatados. Tener que acostumbrarme a ellos resultó un fastidio enorme.

De regreso al presente, con mis dientes que me dolían por la sesión, mi estado anímico era tan depresivo que ni siquiera me motivaba leer la historia de Felix. Ese fin de semana me parecía el más gris de todos, incluso peor que cuando Wladimir rompió conmigo.

Estaba tirada en el sofá dejando que Cutro jugara con mis dedos cuando el serio rostro de Felix se mostró ante mis ojos.

—Necesito tu ayuda —dijo sin más y eso bastó para que mis ánimos volvieran.

ancianos

Felix me arrastró sin decir nada más hacia el paradero, mientras yo, a mis espaldas, dejaba un rastro de «¿a dónde vamos?», «¿en qué tendré que ayudarte?», «¿piensas estar callado todo el camino?». No sé cuál de los dos era más persistente, si yo con mi tan reconocida curiosidad, o él con su

expresión de «no te diré nada hasta que lleguemos». Como era de esperar de mi inexpresivo compañero, no dijo nada. Además de ser alguien muy callado, no sucumbía a la tentación de contarme nada. Era una tumba. Mis chantajes y sobornos eran tan inservibles como el patito de hule en la bañera.

Al acercarse el bus, Felix lo hizo parar y, con un movimiento de cabeza, me sugirió que subiera. Arrugué toda mi cara antes de acceder. Podía haberme detenido por un momento a meditar qué clase de ayuda requería el Poste. No pude, la curiosidad corría por mis venas, así también como la adrenalina, por lo que no lo pensé demasiado y me subí.

—¿A dónde vamos? —le pregunté por última vez. Suponía que me ignoraría como las anteriores veces, pero no lo hizo. Me miró altivo; su cabeza estaba relativamente inclinada hacia atrás, pues la apoyaba sobre el asiento. Su marcada barbilla se podía apreciar con más detalle, incluso lograba ver su tatuaje que se estiraba desde un extremo por su posición.

—A un lugar —respondió cerrando los ojos y cruzándose de brazos.

—Oh, eso responde todas mis dudas existenciales.

Ignoró mi sarcástico comentario y cerró sus ojos, se removió dentro de su asiento, luego se cruzó de brazos. Apreté mis dientes ¡y me dolió horrible! Omití hablar, el dolor me superaba. Ah, pero esto no impidió despoticar de forma mental.

«Me piden ayuda y no sé en qué ayudaré. Quizás el inexpresivo a mi lado intenta hacer un ritual y me quiere usar como sacrificio... Esto me pasa por andar de curiosa. Claro, si el Poste no hubiera pedido mi ayuda seguiría en el sofá mirando el techo con Cutro lamiendo mis dedos». Reflexioné un segundo y olí mis dedos; un olor a sardinas se había impregnado en ellos y me provocó una arcada. «Espero que antes del ritual me laven porque no quiero morir oliendo así».

Suspiré, apoyando mi cabeza en la ventana. Afuera la calle lucía normal, los autos transitaban, por lo que decidí jugar a contarlos, como solía hacer con Lena.

Luego de setenta y ocho autos rojos, y cuarenta y cinco blancos, Felix se levantó de su asiento y prosiguió a tocar el timbre para que el bus parara.

—Aquí nos bajamos —me informó.

Entre la duda y la tentación, bajé los escalones hasta que me estiré una vez en tierra. Felix se metió las manos en los bolsillos de su abrigo marrón y comenzó a caminar por la acera. No tardé en hacer lo mismo hasta posicionarme a su lado.

La calle estaba poblada de árboles a los costados que hacían del camino una especie de sendero mágico, sacado de alguna fantasía. Una brisa agradable corría e inspiré hondo para oler el sutil aroma a pasto mojado que llegaba. Ya casi no andaban autos, las personas que caminaban desde nuestra acera y la otra tenían un aspecto tranquilo.

Al llegar al final de la calle, Felix dobló hacia la izquierda. Por consiguiente, hice lo mismo y descubrí por fin hacia dónde nos dirigíamos.

Una estructura blanca de dos pisos se presentó ante nosotros, tenía un enorme jardín lleno de flores. En el centro del antejardín, un camino de cemento guiaba hasta la entrada de la estructura; una puerta de vidrio corrediza electrónica; por encima un cartel blanco rezaba «Hogar Greenburns». Más abajo, una frase decía: «La familia nunca envejece».

Era un asilo de ancianos.

Mi ampolleta invisible se iluminó; entonces dentro de todos mis recuerdos, hice un esfuerzo para buscar en la sección donde mi curiosidad había causado más desasosiegos. Di con la lista. En ella estaba inscrito «visitar un hogar de ancianos».

Mi corazón se estrujó. Como él lo había dicho, estaba intentando cumplir la lista y me sentí sumamente feliz de que me escogiera a mí como su ayuda. Después de todo, era nuevo en la ciudad y no conocía a muchas personas como para pedirle su ayuda.

Se detuvo justo frente a la puerta y esperó que se abriera. Entramos sin más preámbulos y nos dirigimos a la recepción (que era como una especie de caseta o boletería). Una mujer pelirroja le sonrió al Poste cuando nos vio de pie desde el otro lado de la barra.

—Al fin llegaste —le dijo y, con la misma sonrisa, me miró—. Trajiste a alguien más.

¡Genial!

Como ya podía imaginarlo, Felix solo respondía con ademanes. La mujer se levantó de la silla y abrió la puerta, noté que vestía un traje de enfermera. Se acomodó el uniforme y cerró la puerta de la recepción con una llave que guardó dentro de su bolsillo.

—Vengan —nos animó con su sonrisa, sacudiendo su mano—. Los ancianos ahora están comiendo, luego jugarán a la lotería. Pueden ayudar a la otra visita a ordenar las cosas.

—¿Alguien más vino? —pregunté en lugar de Felix, pues él también lucía algo desorientado.

—Siempre viene. A los ancianos les encanta y disfrutan mucho de su compañía.

La seguimos por la sala principal que lucía igual al cuarto de estar de nana, mi abuela materna. Había dos sofás que miraban hacia una pequeña mesa rectangular de madera que se encontraba en el centro; un mantel tejido a mano de color blanco reposaba bajo un florero con lirios rosas. El piso era de cerámico oscuro y despedía ese particular aroma a cera. La pared estaba llena de cuadros con fotografías de los ancianos en blanco y negro; sus nombres impresos estaban al final de la fotografía puestos en la esquina derecha.

«Los años pasan, pero algunas cosas siempre guardan ese toque antiguo», pensé.

Cruzamos una puerta doble de color marrón que nos enseñó un pasillo largo y lleno de habitaciones. Una música muy relajante se escuchaba de fondo. Cuanto más nos adentrábamos por el pasillo, más se intensificaban las risas y

los acordes de una guitarra. Ya al final dimos con otra sala; era más amplia que la anterior, llena de sillas plásticas, sofás enormes, una televisión de plasma que colgaba de un pilar y una alfombra. El calor se acentuaba mucho más; la calefacción debía ser más alta para los ancianos.

—Es por acá —señaló la enfermera, entrando por un arco hacia una habitación pintada de verde que lucía como el comedor de Jackson, pues estaba llena largas mesas con asientos plásticos. Al final de la sala, una pizarra con la palabra *bingo* escrita en mayúscula. En una de las mesas, los cartones con números estaban desordenados. Había una bolsa llena de porotos y otra bolsa estaba llena de fichas—. Qué extraño... —susurró la enfermera—. ¿Dónde se habrá metido?

—¿Quién es la otra persona que vino, señorita...?

La enfermera se echó a reír antes de que acabara mi pregunta.

—Llámenme Jollie. Deje de ser una «señorita» hace mucho —agregó, enseñando su anillo de matrimonio en su dedo.

Tras la respuesta, una pegajosa melodía fue tarareada. Felix lanzó un suspiro exasperado y apartó sus ojos de la entrada.

—¡Floyd, Felix! —exclamó Joseff al finalizar la canción de Batman—. ¿Qué hacen aquí?

—Larga historia —se aprontó a decir el recién nombrado, cargando más de lo habitual sus palabras.

—Ya veo... ¡Bueno!, más es mejor.

Se acercó a Jollie y ambos se colocaron a platicar en un tono algo confidente. No pude saber de qué hablaban; mis sentidos se escondieron al notar que el Poste con Patas me cubría los labios con su mano. Tensé mis hombros y me quedé estática hasta que la apartó, probablemente para que no mencionara lo de la lista.

—Los dejo; tengo que ocuparme de la entrada —dijo la enfermera, haciendo una seña como despedida.

Un «adiós» muy alargado salió de Joseff, quien, cual niño pequeño, le regresó la seña con su mano alzada y moviéndola de un lado a otro.

—¿Vienes seguido? —le pregunté a mi compañero de asiento—. No me lo habías dicho.

—Cuando puedo —respondió—. Lo hago desde mucho tiempo; ya soy toda una celebridad acá.

Ambos nos echamos a reír. Felix no hizo más que sentarse en una de las sillas. Lucía como un supervisor, observando y estudiando cada uno de nuestros movimientos para culparnos de algún error. Colocar los cartones en las mesas no era muy complicado, a decir verdad, pero su señoría arrogante e inexpresiva no tenía intenciones de ayudarnos. O hacer algo.

Cuando casi terminábamos de colocar los cartones, los ancianos comenzaron a llegar. Respiré hondo y exhalé el aire con algo de nerviosismo. Creo que nunca vi a tantos ancianos en mi vida, ni siquiera en la iglesia. Todos ellos eran de alturas diferentes; algunos mucho más arrugados que otros.

Eran treinta y cuatro ancianos; diecinueve mujeres y quince hombres. Dos de ellos usaban sillas de ruedas; otros andaban con bastones.

No miento al decir que al ver a Joseff sus rostros se iluminaban y lo saludaban. Más de un beso en la mejilla y un apretón de manos se llevó el Chico Batman. Él los saludaba a cada uno por su nombre.

Una vez que todos estuvieron sentados, se percataron de una niña de cabello castaño y un chico sentado como si fuera uno más de ellos. Me sentí como una boba saludando con mi mano.

—Ella es Floyd y él es Felix, son amigos de colegio —nos presentó Joseff, una vez que estuvo frente a la pizarra.

Comencé a mecarme. Uno de los profesores en primaria dijo que ese gesto consistía en una forma de relajarme, pues simulaba el movimiento de la cuna cuando era bebé. Entendí que me tornaba nerviosa en ese momento y que necesitaba expulsar todo ese drama para ayudar a Joseff. Me envolví en su misma misión: hacer que aquellos ancianos tuvieran una buena e inolvidable tarde.

Jugar al bingo con los ancianos fue más extenso de lo que esperaba. Debíamos repetir más de cinco veces los números de las fichas que salían al azar desde la bolsa. No faltaba el anciano que no lograba escuchar bien, y con su voz áspera y entrecortada nos pedía repetirlo. Una vez que lo repetíamos, otro saltaba preguntando si habíamos dicho otro número o era el mismo.

Nunca ansíé tanto una botella con agua en la vida (claro, exceptuando las veces que tenía que correr en Gimnasia) como aquella tarde. Mi boca estaba seca, pero las enormes sonrisas de los mayores compensaban el trabajo. Muchos lanzaban chistes que competían con los míos. Todos se reían. Incluso noté que el Poste mantuvo esa casi imperceptible sonrisa ladina. No obstante, casi al final de la última ronda, se retiró de la sala a no sé dónde. Supuse que la anciana a su lado, quien parecía tener mucho interés en él, había matado su paciencia. Ella era mucho peor que yo; le hablaba un montón, no paraba de agarrarle las mejillas, sonreír como una adolescente enamorada y preguntarle qué número habíamos dictado.

Tras el bingo, llegó la hora del baile. Nos contagiaron el espíritu animal interior de todos los ancianos. Una música rocanrolera los sedujo y todos se encaminaron como pudieron hacia un sitio más grande donde el sonido resonaba mucho más fuerte, aunque no lo suficiente como para ser molesto.

Entre risas, todos los ancianos —incluso los que estaban en silla de ruedas— se pusieron a bailar. Joseff también bailaba; una señora regordeta le intentaba seguir los extraños pasos de baile.

Felix no tardó en llegar al sitio donde nos encontrábamos, tomó una silla y se sentó al otro extremo de la sala. Enseguida la anciana que tanto le hablaba en el bingo se acercó para sacarlo a bailar. No pude evitar carcajearme internamente al verlo arrastrar sus pies siguiendo a su compañera de baile. Está de más decir que tanto Felix como Joseff no tenían idea de cómo se bailaba la música que resonaba por los parlantes, pero a los ancianos les daba tanta

gracia como a mí verlos seguir el ritmo.

Me fue muy intrigante saber de dónde sacaban tanto espíritu aquellas personas mayores. Ellos eran conscientes de que en cualquier momento podrían dejar el mundo o que sus familias se olvidarían de ellos. Sabían que, en cierto grado, sus problemas eran irrelevantes para sus propias familias... sin embargo, allí estaban, canturreando y bailando, disfrutando de la vida. Tenían sus propios problemas y sabían sobrellevarlos; los enfrentaban con una sonrisa muy dulce. Los años no pasaban en vano para ellos, sino que gozaban de cada segundo.

«¿De qué sirve vivir quejándose todo el tiempo?», pensé.

Yo había pasado todo el día en un estado paupérrimo por unos insignificantes frenillos cuando otras personas estaban peor que yo; muchos en ese momento estaban venciendo sus miedos, poniendo la otra mejilla, diciéndole al mundo que podían levantarse. Debía ser agradecida por lo que tenía y por lo que aprendería.

Una mano que esperaba ser atendida interrumpió mi reflexión. Un anciano con una boina marrón y los pantalones que le empezaban casi en el pecho se presentó ante mis ojos.

—¿Me permite esta pieza de baile? —preguntó.

Era obvio que no iba a rechazar su petición, así que en un par de segundos me vi bailando tan ridículamente como Joseff y Felix.

Era similar al baile de graduación.

En ocasiones, los chicos y yo nos topábamos. Joseff, como buen cómplice, cada vez que nos encontrábamos me señalaba al progenitor de mis malos chistes para que nos riéramos de su amarga expresión. El amigo de Synapses estaba al borde del colapso mental mientras la anciana con quien bailaba lo llevaba de un lado al otro haciendo movimientos y carcajeándose con sus amigas.

No podía librarse de ella y no lo hizo hasta que paró la música.

Llegó el momento en que el baile tenía agotada a la mayoría, incluso a la regordeta mujer que había bailado con Joseff. Tudor, el anciano que me había sacado a bailar, también me dijo que estaba cansado, así que volví a mi asiento. Pero Felix y su enérgica pareja todavía estaban en la pista, desparramando pasos tan extravagantes como los nuevos géneros musicales. Jollie les indicó que era la hora de tomar sus medicamentos, lo que pareció ilusionar más a los abuelos. La canción que sonaba se fue apagando cada vez más hasta quedar en nada. Felix y la anciana quedaron solos en la pista y cuando menos lo esperaba el Cuervo inexpresivo, ella lo agarró por las mejillas y plantó un beso muy rápido sobre sus labios. O así pareció desde mi perspectiva y la de Joseff, quien chilló de la impresión para luego echarse a reír a voz alzada, como si el pobre Felix no estuviese presente.

—¡Lorraine! —exclamó Jollie, después de que la anciana (y muy astuta mujer) le robara el beso.

Lorraine no hizo más que imitar a Joseff y luego limpió los labios de un

petrificado Felix. La carcajada de la mujer se me pegó y no pude evitar reírme de la situación. Pero una mirada fulminante por parte de la mismísima víctima hizo que aplanara mis labios y fingiera demencia.

Al terminar la tarde, los ancianos volvieron a sus habitaciones. Eran las 20:34 de la noche. Bajamos en la parada más próxima a nuestra casa, la que nos dejó recorrer nuestro tan rutinario camino por el parque. Joseff iba tarareando la canción de Batman, Felix escuchaba música con sus manos en los bolsillos y yo caminaba intentando no pisar las rayas del pavimento.

—La próxima semana será tarde de karaoke, ¿van a ir?

El Chico Batman estaba muy animado, quizás más que de costumbre. Miró a Felix. Al no obtener respuesta de su parte, me miró a mí. Me encogí de hombros sin saber qué contestar. Yo había ido al asilo arrastrada por el mismo e inexpresivo Poste.

—No sé... podría ser —respondí.

—¡Genial! —gritó. Se volvió de nuevo hacia el Poste, esperando su respuesta. Nada. Felix estaba metido en su mundo. Joseff optó por chasquear la lengua y mirar el camino restante. No quedaba mucho para que nos despidiéramos—. El beso que le dio Lorraine lo dejó loquito, en el sentido romántico de la palabra.

Me reí con mofa y con muchas ganas. Golpeé el brazo del fanático de los héroes y hablé:

—Jamás permitas que olvide eso.

—Lo anotaré apenas llegue a mi casa. —Guiñó su ojo—. Hubiera sido genial fotografiarlo.

—Apuesto a que él haría todo lo posible para conseguir esa fotografía y eliminarla de la tierra. —Lo medité unos segundos y noté que estaba en un completo y desastroso error al decir eso—. No —decliné—, de la galaxia entera.

—Fue mucho mejor que el primero.

La voz de mi conciencia no era tan profunda y tampoco diría algo así. Felix habló por sí solo y, para colmo, diciendo que su primer beso había sido malo. Con solo recordar ese instante, tan corto y decisivo, mis mejillas se encendieron. La tensión en mi cuerpo se alzó como una marejada.

—O-oye, no hagas comparaciones —le sugerí, esquivando la mirada de ambos chicos. Me encogí de hombros, como una forma de ocultar mi cabeza (o, mejor dicho, ocultarme del mundo), pero fue en vano—. Además... ese beso lo diste tú.

—¿Ustedes dos se besaron? —preguntó Joseff, con una mano en la barbilla—. Eso no me lo esperaba.

—No. —Negué rotundamente con mi cabeza—. A «eso» no se lo puede llamar beso. Un beso real es como el de las telenovelas.

Joseff alzó sus cejas con sorpresa y esbozó una sonrisa ladeada.

—Habló la voz de la experiencia —bromeó. Se detuvo dos pasos más adelante y nos hizo una seña militar—. Bueno, aquí los dejo. Nos vemos en

Jackson.

—Adiós, Jo —me despedí, calmando los aires para que mi rostro no fuese una cereza—. Cuidado en el camino.

—Cuidado, ustedes —advirtió colocando la expresión más insinuante que vi jamás—. Si no me invitan a la boda, me enojaré y no querrán verme molesto.

Cubrí mis mejillas de manera instintiva y luego le enseñé en todo su esplendor el dedo corazón.

Felix y yo continuamos nuestro camino de regreso a casa. Ya no faltaba mucho cuando decidió abrir su boca y escupir más desaires que me pondrían los pelos de punta. No era para más, siempre hacia lo mismo. Yo iba caminando tranquila y cuando menos lo esperaba, comenzaba a hablar. Esos sustos repentinos hacían mi corazón más susceptible a que lanzara algún grito.

Fue sorprendente que, a pesar de casi haberme hecho encima, no grité.

—¿Estás diciendo que no di mi primer beso?

Su pregunta hizo que se me descolocara la quijada.

—Ese tema quedó muchos pasos atrás y, técnicamente, fue «un beso de patitos». —Felix alzó una ceja sin comprender a qué me refería. Estiré mis labios y lo miré—. Ya sabes, uno así: solo estirar los labios y tocarlos.

—Entonces taché lo de la lista en vano —musitó más para sí mismo.

Asentí dándole la razón mientras divisaba mi casa a la distancia. Ya no quedaba mucho, mas no quería llegar. Era una noche perfecta.

—Hurón —me llamó Felix. Giré mi cabeza esperando oírlo, pero todo lo que obtuve fue un repentino acercamiento que me hizo detener el paso. Su mano estaba sobre mi hombro y sus ojos hacían contacto con los míos y sus labios... casi rozándome. Contuve la respiración de la impresión y estuve expectante a cualquiera de sus movimientos—. El segundo beso fue mejor.

La sangre me hirvió y de la ira contenida emergieron deseos garrafales por abofetearlo. Me detuve a pocos centímetros de hacerlo.

Si el muchacho quería fastidiar con el beso, también podía fastidiarlo con uno.

Lo agarré por el abrigo con ambas manos, ya que Felix se había inclinado hacia atrás al notar que pretendía abofetearlo, así que, con rudeza pura, volví a acercarlo a mí. Mi intención no era besarlo, sino fingir que lo haría.

Pero el tiro salió por la culata. Una figura autoritaria y muy familiar apareció fugazmente por el rabillo de mi ojo. De forma lenta, Felix y yo volvimos nuestras cabezas en dirección a la figura que nos observaba.

—Hola, papá.

Estábamos perdidos.

historia

Existía una palabra para describir las sonrisas de papá cuando estaba molesto: tétrica. Tuve la oportunidad de verla en varias ocasiones, como cuando le presenté a Wladimir (posiblemente, esta fue la causante para que nunca más quisiera visitar mi casa). Me recordaba mucho a las sonrisas de los payasos en el circo, aunque claro, sin el maquillaje tan característico, razón por la que les perdí el interés a las entretenciones. Pero ninguna de sus tan macabras sonrisas se comparaba con la que hizo aquella noche.

Encontrar a papá, el Gran Mika, de pie y que observaba cómo su hija osaba agarrar al hijo de su mejor amigo, no podía ser la mejor de las imágenes. Siempre parecía molestarse y la idea de que su única heredera tuviera ojos para otros no le era grato. Jamás confesó que fuesen esos tan característicos celos paternos, aunque lo fuesen. O eso decía mamá.

El enorme problema de este asunto era que él no podía hacer más que sonreír y tratar de forma despectiva a todos mis pretendientes; sin embargo, la situación se complicaba con Felix, un chico que vivía bajo nuestro mismo techo. Podía ser muy extremista en ocasiones, quizás hasta correrlos de nuestra casa si era necesario y, como su característica era ser impredecible, creí que esa sería su opción óptima si de mantener a su hija «pura» se trataba.

Me negué a que eso tuviese una mínima posibilidad de ocurrir:

1. Porque sería demasiado cruel.
2. Porque yo tendría la culpa. Cargar con la culpa no era nada agradable.

Decidí hacer lo correcto; también usar un poco de mi ingenio y talento innato para la actuación.

Para excusar mi cercanía con el Poste inexpresivo comencé a soplar su rostro, con toda la fuerza que mis pulmones me permitieron en ese instante, acentuando el aire en su ojo izquierdo, que era el más visible desde la perspectiva de papá.

—Tiene una pestaña —le dije, liberando de manera lenta al chico de mi agarre; en cuestión de segundos (alrededor de unos dos) la sinfonía de mis inigualables «hip» terminaron delatándome de la tan simplona mentira.

La mueca de papá se anchó.

Me fui todo el camino restante a la casa suplicando que no corriera a los Frederick, ya que era mi culpa el habernos pillado así, por querer fastidiar a Felix. El susodicho inexpresivo, al que tenía no solo como compañero de piso sino también como compañero de colegio, no dijo nada. Tampoco parecía estar asustado o preocupado. En verdad, no sabía qué pensaba y su rostro no delataba ningún signo de importarle el asunto.

Su gesto de desinterés total hacia la existencia humana no se vio fracturado ni siquiera cuando mi querido (y celoso) padre tuvo la descabellada idea de reunir a las dos familias en el comedor; cada uno estaba sentado en las sillas y reposando sus brazos sobre la enorme mesa de color caoba.

«Invoco a todos los extraterrestres y hombres topos para que me saquen de aquí», pensé en el fatídico momento en que se revelaron los motivos de la improvisada reunión.

Aunque papá tiene su prestigio como escritor y siempre gozó de una analítica envidiable, su conclusión fue tal cual había temido: creía que Felix y yo éramos algo.

—Nuestros hijos están saliendo —informó a los demás, en un tono tan serio que los demás no dudaron de sus palabras.

Tía Michi fue la primera en abrir su boca y exclamar un «oh».

—Vaya... fue más pronto de lo que esperaba —comentó mamá, dibujando una sonrisa traviesa y guiñándome uno de sus verdosos ojos.

—Es un malentendido —aclaré.

En verdad, parecía que cuanto más me defendía, más empeoraba las cosas. Deseaba poder tener la personalidad necesaria y bromear al respecto, pero dada la persona con la que creían que estaba saliendo, era nada más que un Poste inexpresivo del cual no tenía idea si la situación le molestaba o agradaba, pues... todo se fue por la borda, sobre todo con mis movimientos de cejas y sugerencias silenciosas para alentar a Felix a que aclarara el problema.

—Oh... —volvió a exclamar tía Michi— hasta se hacen gestos. ¡Qué lindos!

—¿Crees que deberíamos darle la misma charla que nos dio tu madre para mi cumpleaños? —le preguntó tío Chase; ambos comenzaron a partirse de la risa.

Me hice una explícita idea sobre a qué se refería con «charla». Enrojecí entre la rabia y la vergüenza de mi penosa situación.

—No estamos saliendo —insistí.

La controversia continuó con comentarios entre nuestros padres por un rato y hubiera durado más de no ser por ese silencioso involucrado que finalmente decidió hablar.

—No estoy interesando en ella —confesó, mirando hacia un punto fijo de la mesa— y ella tampoco en mí.

Alzó su cabeza y me miró por un momento. La discusión que trazaban nuestros padres cesó con sus serias palabras. Lo agradecí desde el fondo de mi alma; aun así mi Floyd explosiva no podía dejar pasar toda la paciencia que tuvo que aguantar. Estaba a un pelo de querer masacrar a la mitad del planeta.

Subí a mi cuarto y ahogué un grito en mi almohada. Esto bastó para volver a mis cabales; después de todo, la tarde no había resultado nada mal.

Decidí meterme a navegar por Wattpad y leer nuevos comentarios sobre mi historia. No tardé en dar, en las noticias de la plataforma, con una nueva actualización de BrainStxrm, es decir, Felix.

Busqué el índice de capítulos y comencé a leer desde el inicio.

Cómo enamorar a Emily relataba la peculiar historia de amor de Malak Ivanok, un hombre que era juzgado por haber matado a más de veinte personas, todas a petición de su amada Emily, con la inocente idea de poder enamorarla si hacía lo que ella pedía. Desde su primer capítulo dejaba entrever

las intenciones de la chica y el ciego amor del protagonista, quien estaba dispuesto a todo por su amada. Todo. De hecho, creía que la categoría de romance era errónea para la temática y narrativa que se leía. De una complejidad muy intrigante y por el oscuro ambiente en que te sumergía, todo indicaba que estaba leyendo los expedientes de un maniático asesino, obsesionado con una chica.

Me pregunté en qué se había inspirado Felix para escribirla, pero decidí preguntárselo a él mismo.

—En nuestra relación —me respondió con su tono monótono. Como quedé descolocada y no le vi sentido, insistí en que saciara mi duda. Suspiró con desgano y continuó explicando—. De niño tenía que hacer todo lo que me pedías, sin importar lo peligroso o ridículo que fuese. La diferencia es que nunca me pediste matar y que yo no cumplía lo que pedías por amor, sino para que me dejaras en paz.

Pobre, así de traumatado lo tenía.

Nuestro querido y muy estimable lunes llegó inesperado y revolviendo en mi estómago la amargura que todos sienten tras escuchar la melodía del despertador. Siempre la odié, por lo que, para no darle el gusto a los variados tonos que mi celular traía para hacer más armonioso mi despertar, continuaba durmiendo hasta que mamá o papá golpeaban mi puerta. A veces gozaba de unos cuantos minutos más, aunque la locura del lunes siempre me los arruinaba.

Esperamos el bus escolar como de costumbre; el Poste y yo no intercambiamos muchas palabras, tampoco salió el tema sobre nuestro pequeño percance de vuelta a casa. Solo hablamos de los motivos por los que mi malhumor estaba latente. Y era que, además de ser lunes, me había quedado leyendo la historia de Felix hasta la madrugada, todo para quedar al día.

Mis ojeras de mapache no quedaron indiferentes para nadie, mucho menos para el gallinero. Nora, Fabiola y Eli insistieron en preguntar qué rayos había hecho, porque no bastaba con verme desdeñosa, sino que mi maquillaje era un desastre. Después de muchos «cuéntanos» que decían entre amenazas, no quedó otra que relatarles la causa de mi desvelada.

Decidimos escondernos bajo las gradas en la hora del almuerzo. Allí les conté sobre la cuenta de Felix procurando ser una lectora más.

—Parece una novela de misterio y crimen, no de romance —comentó Sherlyn.

—Le gusta Poe —comentó Eli—, ¿qué esperaban? ¿Que tratara sobre *Teletubbies*?

«Los artistas están locos, Felix no es la excepción al parecer», pensé en ese dicho que tanto usaba para mis padres.

—Escuchen esto —habló Fabi con sus ojos sobre la pantalla de su celular y agitando su mano libre para llamar nuestra atención. Nos acercamos a ella e intentamos leer; entonces citó una de las frases más memorables de la historia—: «Quizás besarte se convierta en una de mis adicciones».

—¡Tan ardiente...! —exclamó su gemela, Nora; luego se dirigió a mí—. ¿Estás segura de que él lo escribe?

Me encogí de hombros y le di una cucharada al postre comprado en el casino del colegio.

—Supongo.

Era extraño, muy extraño. ¿Cómo Felix podía escribir de forma tan maravillosa si no había experimentado el amor? Ni siquiera había dado su primer beso. Era todo un novato en aquellos temas; sin embargo, lograba hacer revolotear millones de corazones con unas palabras por parte de su protagonista, Malak. Hablando de él, todo lo que sufría por obtener al menos una sonrisa de su amada me provocaba querer entrar a la historia y decirle: «¡Ella no te merece; yo estoy aquí!». Lastimosamente para mi corazón y deseo, solo venía de una lectora más y a menos que el gobierno hubiera aprobado la descabellada idea de la científica loca que salió en los noticieros hacía un par de años, no podía entrar al mundo de las historias.

—¿Habrá tenido un romance como la historia? Sin tanta sangre y problemas, claro.

Mi pregunta salió disparada de mis labios, sin percatarme. Agrandé mis ojos con sorpresa apenas terminé la frase y cubrí mis labios. Las miradas suspicaces de las cuatro chicas causaron el vivaz color rojo de mis mejillas. Sus coordinadas cejas comenzaron un baile en sus frentes y no bastó excusa alguna para que dejaran de fastidiarme, así que cedí a sus suposiciones y emparejamientos con el inexpresivo Felix.

—¿Celosa, Hurón? —preguntó Nora.

—No, solo es una pregunta curiosa, nada más.

—¿Por qué niegas lo inevitable? —le siguió Eli—. Pronto él y tú tendrán algo; está escrito en los sacramentos aztecas.

Fruncí el ceño; hacía mucho tiempo que Eli no creaba comentarios así.

—¿Querías ser la primera en su corazón? —Fue el turno de Sherlyn, quien había dejado a su mejor amigo a un costado para beber de la botella con agua que a todas nos habían dado en el casino de Jackson.

—¿Tú también, Lyn? —dramaticé—. Me pierdes...

—Tranquila, Hurón. —Fabiola me dio dos palmadas en el hombro. Apenas quise girarme a verla; debía de tener la misma expresión pícara de su hermana—. Recuerda que ustedes están predestinados. Tú eres el chocolate y él la menta.

—¿Qué quieren que les diga? —les pregunté al borde del histerismo—. ¿Que él y yo fuimos hechos para estar juntos desde mucho tiempo atrás?

Resoplé con aspereza arrugando las cejas y toda mi frente. Estaba molesta, pero no duró mucho mi enojo. Joseff apareció detrás de las gradas con una

tímida sonrisa que no le pertenecía, pues resultaba poco auténtica y forzada. Todo indicaba que algo no iba bien.

No mentiré al decir que mi primer pensamiento tuvo como protagonista al Poste; una parte de mí se sentía responsable de él tras enterarme de su enfermedad.

No estaba muy equivocada.

—¿Podemos hablar unos minutos? —me preguntó. Le hizo una seña a Sherlyn cuando me ponía de pie. Una de las gallinas acomodó la parte de atrás de mi vestido, acción que agradecí sin girarme.

Al llegar junto a Jo, me vi arrastrada hacia un rincón mucho más apartado del campo de entrenamiento.

—¿Qué pasó? Jo, me asustas.

—No sé si ya lo sabías... o algo, pero... —Se agarró la cabeza—. Necesito que seas mi compañera.

—¿Compañera de qué?

La sonrisa tímida de Joseff se amplió hasta el punto de enseñar todos sus dientes.

—¿Travesuras?

—Ya me metí en problemas antes; estar en el club es consecuencia de ello.

El Chico Batman hizo un puchero.

—Por favor...

No tenía idea de que Joseff pudiera arrugar su frente hasta el extremo de crear cinco líneas; tampoco que sus cejas se torcieran tanto. No cabía dudas, ponía su mejor cara para solicitar mi ayuda, así que no me quedó otra que ablandar más mi corazón y aceptar.

contención

Nunca fui alguien problemática, sino todo lo contrario... Bueno, de niña solía meterme en algún que otro problema en compañía de Felix o con otros niños. O en la escuela. ¡Pero porque, de alguna manera extraña, los problemas venían a mí! Así es, señores, ellos me buscaban, no yo a ellos. Algunos lo llaman mala suerte; creo que es el karma que quería vengarse de mi padre, pues en su tiempo no fue la mejor de las personas, más bien un adolescente caprichoso que miraba desdeñosamente a todos. Eso explicaría muchas cosas que me ocurrían: como mi mala suerte con los chicos, soportar todos los emparejamientos que mis amigas me hacían, alucinar con un escritor famoso de Internet que casi no conocía de mi existencia a pesar de ser su fiel

seguidora, tener que ver a mi ex devorarse con otra chica en mis narices todas las mañanas en el bus escolar y ser arrastrada por mi compañero de asiento con complejo de Batman hacia no sé dónde.

Debí haberme imaginado que Joseff Martin no tenía buenas intenciones una vez que se presentó detrás de las gradas, por lo nervioso que se mostró.

Caminaba de regreso a los pasillos de Jackson con el paso apresurado y mirando la hora en su celular. Yo lo seguía detrás sin poder imaginar qué tramaba. Era Jo después de todo; sus pensamientos y palabras traspasaban la frontera de lo inimaginable. Luego de unos metros, por fin pude seguirle el paso y posicionarme a su lado. Noté que continuaba nervioso, algo distante de pensamiento, ensimismado en llevar a cabo su «travesura». Ya cuando el pasillo comenzó a serme familiar, reuní fuerza y lo detuve, agarrándolo de su abrigo marrón.

—¿Vas a decirme en qué te metiste... o nos meterás?

Logré divisar a unos doce pasos la puerta del director.

—No es nada grave —confesó con indiferencia, volviéndose en dirección a la puerta—. Además, ¿qué es la vida sin riesgos?

Me vi desinstalando una bomba en la oficina del director. Sí, quizás pensar en «riesgos» fue exagerado en ese sentido, pero insisto: se trataba de Joseff, el adolescente al que echaron de su colegio por ayudar al prójimo.

—Espera, espera. —Mis manos se movieron hacia todos lados, intentado disipar mis absurdos pensamientos sobre bombas, rescates en avión y directores robotizados—. ¿Qué pretendes hacer?

—Perdí algo importante y lo tiene el director en su oficina.

Reí solo con escuchar su respuesta.

—Y quieres que yo entre. Dios, Joseff, ¿tan importante es?

—Sí, demasiado.

Sus ojos pardos y su cara llena de lunares lo hacían ver extremadamente tierno, como un cachorro callejero que gime pidiendo un hogar. Aunque no me fue difícil ver a Joseff con orejas de perro y gimoteando, sí lo fue lanzar un resoplido cargado de resignación, accediendo a su descabellado plan.

—¿Cómo pretendes que entre?

Sus cejas se alzaron y sus comisuras se elevaron de una manera magistral, dibujando una sonrisa. Entonces, respondió:

—Ya pensé en eso.

Metió su mano en el bolsillo derecho de su abrigo y sacó una llave dorada.

—¿La robaste? —Me espanté.

—Se le llama «tomar prestado» y es una copia —aclaró, enfatizando las dos últimas palabras—. La regresaré al terminar esto.

Debí haber perdido un tornillo para aceptar la locura que Joseff había planeado, supongo que logró contagiarme de su espíritu aventurero y carisma inigualable. Además, lo había dicho en un principio: ¿qué era la vida sin riesgos? Vivir todo el tiempo bajo la comodidad nos volvía personas

conformistas, que se rendían con facilidad y sin méritos. Si quería tener una gran historia para contarles a mis nietos, debía ser esta.

—Bien. ¿Cuál es el plan? ¿Qué debo recuperar exactamente?

Señaló hacia la puerta de madera pintada con barniz oscuro y con una enorme placa con la inscripción «Oficina del director» en letras gruesas y negras. El aspecto me recordó a la «clínica» de un viejo dentista al que visitaba de niña. Irónico, ambos sitios despedían un escalofrío terrorífico. El rostro solemne de Joseff me causó inquietud; estaba firme, serio y no mostraba una pizca de arrepentimiento. Sabía lo que hacía. Eso me inspiró confianza y enderecé mi espalda apretando los puños para calmar lo agitado que se encontraba mi corazón.

—Debes recuperar una hoja. Está arrugada y doblada en dos, tiene la forma de un cuadrado. No es difícil distinguirla. —¿Una hoja? La lista de Felix se me vino a la cabeza—. Para eso, me aseguraré de que nadie esté cerca del perímetro. —Ya hablaba como un soldado—. Seré la distracción.

—¿Harás lo que estoy pensando? —pregunté bajando mi cabeza hacia sus piernas. En efecto, Joseff Martin traía puesto su disfraz—. Van a suspenderte, castigarte y serás...

Me señaló con su índice, lo que provocó que ahogara mis palabras.

—Entonces haz que valga la pena. Recupera la hoja por mí.

—Lo haré.

Joseff Martin murió de indignación.

Bien, no bromearé con ese tipo de cosas. En mi defensa debo confesar que creí que ese sería su resultado al verlo marcharse con su traje de Batman, corriendo por el pasillo sin ninguna clase de pudor, metido en el papel del Caballero de la Noche. Antes de su partida (muy escandalosa, por cierto) se quitó el abrigo marrón y me lo entregó para que lo cuidase. Luego de prepararse, tanto de manera física como mental, se dirigió a la oficina del director, abrió la puerta, escupió un par de palabras incomprensibles para mi estado anonadado y salió hecho un cohete humano hacia el casino del colegio.

Después de que todo el espectáculo acabó, oí rumores de que se había subido a una mesa a bailar y, aunque eran rumores, siempre los creí ciertos.

Me coloqué el abrigo de Jo. Estaba tibio y tenía un sutil aroma a perfume que no lograba percibirse a mayor distancia. De acuerdo con lo planeado, el director saldría a buscar a Joseff; entonces yo entraría a la oficina a buscar la hoja.

Todo era una locura. ¿Qué iba a pasar si confundía la hoja con otra? ¿Y si la había guardado bajo llave? ¿Qué pasaría si me pillaban *in fraganti*? Iba a meterme en la oficina del director; algo así no iba a castigarse yendo a otro club o ayudando a los auxiliares. No. Si me descubrían, tendría que decirle adiós a Jackson.

Me derrumbé mentalmente.

El director Manson salió de su oficina a las 15:00. Cerró la puerta con pestillo y se marchó por el pasillo hacia el casino. A las 15:01 ni su secretaria, ni

ningún profesor o estudiante merodeaban por el sector. Era mi momento. Cubrí mi cabeza con la capucha del abrigo marrón del Chico Batman y supliqué al cielo que mis acciones venideras no trajeran una repercusión grave para mi vida.

Entonces entré.

Recordaba a la perfección el interior desde aquel lunes por la mañana cuando mi garrafal error al escribirle una nota a Wladimir como venganza conllevó una citación, en la que creí que había ganado la expulsión de mi vida, hecho que no fue así gracias a las influencias de papá y su labia para convencer a las personas.

Me vi envuelta en la rara sensación de adrenalina de hacer algo incorrecto, pero gustoso, que se balanceaba en el límite de la culpabilidad. Amasé mis manos sin saber por dónde comenzar a buscar. Resoplé dando vueltas, temerosa de tocar algún objeto y que se rompiera. Traté de tranquilizarme y di el primer paso hacia el escritorio. Estaba hecho un desorden, con hojas desparramadas por doquier y el *laptop* encima de ellas.

Revolví las hojas procurando no dejarlas con algún pliegue que me delatase o culpabilizara al director; en su mayoría, los papeles importantes suelen estar, por norma moral, estirados y sin ninguna doblez.

Nada. No encontré nada.

Según la precaria descripción de mi compañero, el papel estaba arrugado y doblado en dos. Era inevitable que mi mente creara la imagen de la lista del Poste una vez más, así que, teniéndola como ejemplo, buscaba la hoja, pero era complicado con tantos papeles y bajo la presión de que en cualquier momento mi intromisión sería descubierta.

«¿Qué va a pasar si mis huellas dactilares quedan impresas y el director Manson nota que alguien estuvo allí, entonces nos pide a todos dejar una muestra y soy descubierta?», pensaba.

Mi imaginación viajaba más allá de la Vía Láctea, sin mencionar mi temor.

—Vamos, Hurón, presta atención.

Darme ánimos en una situación así fue lo más provechoso. Levanté el teclado del computador para ver qué papeles ocultaba. Aquella acción salvó minutos de mi existencia. La hoja doblada estaba allí. La agarré y procuré dejar todo en completo orden. Di tres cortos y rápidos saltos con la hoja enseñándola al cielo como triunfo previo y me volví hacia la puerta.

Cantar victoria en terreno enemigo no quería decir que salieras vivo de ahí; eso lo entendí al ver cómo se giraba el pomo de la puerta.

Mi pecho se comprimió hasta el dolor. Dejé de contaminar el oxígeno por una milésima de segundo. No entiendo cómo pasó, pero la adrenalina hizo que no meditara acciones previas o posibles formas de escape. Todo lo que hice fue ocultarme bajo el escritorio de director.

El corazón me andaba a mil latidos por segundo, era una locomotora desenfrenada. Metí mi cabeza entre el hueco de mi pecho y mis piernas. Quise desaparecer, escapar del mundo, convertirme en una hormiga si era posible.

Yo, Floyd McFly, quería dejar de lado mi inconfundible apodo de Hurón por Célula, para no ser descubierta.

Lamentablemente, la suerte no siempre podía estar de mi lado, ni siquiera haciendo un enorme favor. El silencio delató la estadía de alguien más a mi lado. Elevé mi cabeza y la giré al notar de reojo una figura difusa. Al instante, sofoqué un grito y una fría mano ayudó para ello.

—No respire. No grites. No hables. Y no hagas preguntas.

Felix Frederick se encontraba a mi lado, agachado y tan serio como de costumbre. Una vez seguro de que no gritaría, bajó su mano.

—¿Qué haces aquí?

No hubo respuesta más que un movimiento con su mano. Asimilé qué era lo que quería cuando desde mis ojos bajó su vista hacia el abrigo marrón de Joseff y luego a mis manos con la hoja. Como lo había sospechado desde el comienzo: la hoja era de Felix.

Insistió una vez más para que le entregara la hoja, mas la acción fue interrumpida por el singular sonido de la puerta que se abrió de par en par. La voz gruesa y áspera del director resonó en la oficina y se vio opacada por la de Joseff. Me petrifiqué una vez más a sabiendas de que ya nada podría salvarme. O mejor dicho salvarnos. Felix también se escondió bajo el escritorio, rodeándome con sus largas piernas, mientras yo estaba encogida en mi sitio, abrazando las mías. El pálido chico hizo un gesto para que guardara silencio, al que respondí asintiendo.

No presté atención a la discusión entre Manson y Joseff; tampoco volví a hacer surgir la idea de qué pasaría si nos descubrían. Rompiendo una vez más la distancia con el Poste, pensé en su historia y en todas las cosas que el protagonista hacía por Emily, poniéndose en riesgo para ayudarla y enamorarla.

«¿Se puso en riesgo para salvar la lista o para salvarme a mí?», cuestioné.

Descarté lo segundo. Felix no habría arriesgado su trasero por la causante de que blanqueara sus ojos todas las mañanas esperando el autobús a Jackson. Definitivamente, no.

En la intimidad de nuestro encuentro silencioso bajo un estrecho escritorio, nuestros ojos volvieron a encontrarse. Él esperaba no ser descubierto y yo me preocupaba por no bajar mis ojos, como si se tratara de una competencia.

Felix fue el primero en romper el contacto visual, apartando la mirada de regreso al abrigo de Joseff. Torció su sonrisa a un lado detonando una arrogancia tan vasta que me recordó a todos esos chicos malos en los libros y películas que volvían locas a las chicas. Enamorarte del chico malo era peligroso, pero enamorarte de un escritor... Eso era suicidio y yo iba camino a mi muerte si continuaba observándolo. Sacudí la cabeza y le hice entrega de la hoja.

Una nueva huida por parte del Chico Batman hizo que el director saliera en su búsqueda y nos dejara en libertad para salir de nuestro sitio. Agradecí al

cielo al no ver a nadie dentro de la oficina.

—Vámonos antes de que entre alguien —sugerí, cuestión que estaba de más. Sin embargo, aún estaba inquieta. Caminé hacia la puerta y agarré el pomo.

—McFly —pronunció Felix.

Me giré hacia el hijo de los Frederick y me sonrojé imaginando el espectáculo que debía estarle enseñando gracias a la manía de mi vestido por levantarse.

—N-no mires —chillé, acomodando la parte trasera de mi vestido.

—McFly —insistió cargando la voz. Guardó silencio y negó con la cabeza—. Olvídalo...

Jo se ganó una hermosa citación a su apoderado. Mientras todos los demás chicos se marchaban a sus casas, Felix y yo estuvimos a su lado esperando la llegada de su padre. Me explicó qué había sucedido para cometer tal estupidez. A Felix, en la hora de almuerzo se le había caído la lista y él la había recogido, pero cuando lo hizo, el director lo descubrió en actitud sospechosa. De forma errónea, creyó que aquella lista era algo así como una carta suicida y la requisó. Como su deber moral era devolverla, hizo todo ese absurdo plan que salió relativamente bien. También contó por qué llevaba su traje a todos lados. Felix solo era un apoyo moral que escuchaba música sin prestarnos atención, así que aproveché la instancia para hablar con más seriedad.

—¿Todo este tiempo lo supiste? ¿Lo de Felix?

—Puedo reconocer a una persona enferma con verla. Mi madre siempre fue alguien enfermiza, hasta que un día no pudo seguir con su lucha. Todos los domingos por la mañana vamos a dejarle flores a su tumba.

—Joseff... Yo no sabía, lo siento mucho.

Eso explicaba los motivos de su compra en la florería.

—¿Por qué lo sientes? —interrogó—. ¿Por perderla? Es un tema complicado, pero superado. Además de ser un superhéroe no declarado (y reconocido), soy de los que tienen la convicción de que las personas nunca nos dejan, ellas mueren cuando se las olvida y yo nunca podría olvidarla.

Sonreí con ternura; oírlo era un deleite a veces, incluso cuando traía su traje de Batman.

—Eso es muy lindo.

—Lo sé. —Asintió, ladeó un tanto su cabeza hacia el final del pasillo. Su padre se dirigía hacia nosotros—. Ahora, si me lo permites, debo prepararme mentalmente para la regañada del año. —Joseff se acomodó en su puesto—. Aquí entre nosotros —continuó confidente—, antes de dejar este mundo, mamá le dejó como herencia a papá su chancla. Si mañana no aparezco, es porque mi trasero será como el de un mandril.

Dándole una sonrisa culposa, nos despedimos.

Felix y yo volvíamos a casa como de costumbre, él escuchando música, y yo divagando y observando a las personas del parque. A veces daba saltos de los que luego me arrepentía al sucumbir ante la mirada burlona del Cuervo. Fue en uno de mis tantos tropiezos que necesité ayuda extra para no dar de lleno contra las baldosas.

—Gracias —le dije en tono bajo, acompañándolo con un ademán.

Pero Felix no me soltó, tampoco parecía dispuesto a hacerlo. Su mirada fría se posó en mí y no supe qué hacer.

—¿Ocurre algo? —Mi voz salió algo quebrada, temerosa. Y vaya que sí ocurría...

—Creo que me gustas —pronunció.

El mundo se volvió mudo. No, el mundo se había vuelto loco y, como una buena demente más, me eché a reír esperando que fuese una tonta broma en la que debía caer, pero no ocurrió. Poco a poco me callé.

—¿Qué?

—Lo que oíste.

Continué caminando. Lo seguí un paso más atrás.

—¿Cómo es posible eso? ¿Cómo podría gustarte? ¿Yo? ¿La niña a la que llamas loca y miras feo en el desayuno? —Me detuve como si hubiese chocado con algo—. Ya entiendo... ¡Es una cámara oculta! ¿Dónde está? ¿Para qué programa es? ¿Volvieron las bromas por YouTube?

Mi mar de preguntas se vio afectada por el tono de llamada del celular de Felix.

—¿Es el director del programa?

No lo era. Su madre iba camino al hospital; un nuevo y chillón miembro de la familia estaba por llegar.